

La Ilustración Artística

Año XXXIII

BARCELONA 17 DE AGOSTO DE 1914

Núm. 1.703

PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1914



LABOR DELICADA, cuadro de Myron Barlow

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. - *Contravenir al octavo*, por José de Lucas Acevedo. - *La guerra europea*. - *El juramento de Nadia* (novela ilustrada; continuación). - *El general Linares*. - *Dr. Roque Sáenz Peña*. - *El cardenal Lugari*.

Grabados. - *Labor delicada*, cuadro de Myron Barlow. - Dibujo de Opisso, ilustración al cuento *Contravenir al octavo*. - *Estudio retrato*, por J. Szent-Istvani. - *Mapa parcial de Francia y de los territorios fronterizos de Bélgica y Alemania*. - *La guerra europea* (siete fotografías). - *Ofrenda de flores*, escultura de E. Sudre. - *El Ángel del Reposo*, escultura de Rafael Atché. - *La guerra europea. La crisis monetaria en París y en Berlín* (dos grabados). - *La guerra europea. Los ejércitos de las naciones beligerantes* (dos fotografías). - *Excmo. Sr. D. Arsenio Linares Pombo*. - *Dr. D. Roque Sáenz Peña*. - *El cardenal Juan Bautista Lugari*. - *Valencia. Los festejos de la feria* (cinco fotografías.)

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Y ¿de qué otra cosa habríamos de hablar? No hay, en este momento, más preocupación ni idea dominante que la guerra.

Ante su aparición apocalíptica, todo se ha borrado, todo ha pasado a segundo término: los socialistas se han acordado ¡por fin! de que la patria existe, que no es un fantasma de ideas, sino una realidad tangible, entrañable, inmediata; los bolsistas y negociantes han temblado y se han escondido, despavoridos en el desván; los acaparadores han abierto el ojo; las sufragistas han suspendido sus campañas, sus propagandas por el hecho y por el derecho; las señoras elegantes se han encontrado sin modisto y sin sombreros *chic*; Francia es un campamento, no una tienda de frivolidades; los balnearios se cierran, los hoteles no tienen pan y manteca para los desayunos, y, en la inmensa angustia de la catástrofe, la vida misma sufre una interrupción, un paréntesis que, abierto ahora, no se sabe cuándo se cerrará...

* *

Caso igual no lo registra la historia. Los Archiduces herederos del trono de Austria podrán, si en las regiones de ultratumba se conocen vanidades, envanecerse de que sus funerales han sido señalados por una estela de sangre y horror, al lado de la cual son pan pintado y azofritas los incidentes que ocurrieron en las de Patroclo, Aquiles, Alejandro y Atíla o en las bodas de Doña Lambra:

Matáronme un cocinero
so faldas de mi brial:
si esta afrenta non vengades
yo mora me iré a tornar.

Sin duda la tragedia de Sarajevo fué sólo la chispa que delató la hoguera escondida (no tan escondida); pero el caso es que, la víspera de caer los Archiduces atravesados por las balas, después de haber salvado de las bombas, de cien personas que discurriesen acerca de las probabilidades de guerra universal europea, sesenta o setenta alzarían los hombros, y con sonrisa de optimismo y tono de buena información, repetirían:

«No, no hay que preocuparse por esa contingencia...»

«Alemania no realiza sus enormes aprestos sino al objeto de mantener la paz...»

«Sería tan espantoso el conflicto que nadie lo arrostra...»

«Se tientan la ropa porque saben que eso llevaría envuelta, quizás, la ruina de todas las naciones, no de una solamente...»

Así es que dormían tranquilos; y, entretanto, sorda, subterránea, avanzaba la guerra, esa «guerra fatal» que los novelistas, con su don de adelantarse a los acontecimientos, venían ya fantaseando, en narraciones curiosas, y más o menos artísticas; pero sugestivas, interesantes. Y las sonámbulas predecían y, sin recurrir al sonambulismo, los que reflexionaban comprendían que tantos armamentos y tantos millones de hombres dispuestos a la campaña y tanto *dreadnought* y tanto torpedero y tanto explosivo y tanto aeroplano, no eran a humo de pajas.

Yo misma - aun persuadida de que la guerra sobrenatural en plazo más o menos largo, como dije ha poco, antes que estallase, en una crónica, creo que para el gran diario bonaerense *La Nación* - confieso que tenía mis momentos de duda, porque en verdad el conflicto era de los que ponen pavor en el ánimo, y no parecía verosímil que las naciones no sintiesen ese pavor, paralizando sus arranques y sus energías.

Los profanos no veíamos algo, que sin duda conocerían los técnicos: el peligro de Alemania al demorar la explosión.

- Madruga, Pedro, madruga, les diría, en términos menos castizos españoles, la verdadera prudencia, la que no inhibe, sino que empuja, llegado el momento propicio y que ha de pasar rápido.

Si Alemania no se precipita a la lucha, los aprestos rusos estarían terminados, y las probabilidades del triunfo, serían menores o nulas. Adelantarse ha sido siempre práctica de expertos capitanes, y aunque el Kaiser, que se ha pasado la vida militarizando, no ha guerreado, no puede ignorar este principio, antiguo sólo porque ya lo conocían y practicaban Alejandro, Aníbal, César y Hernán Cortés.

* *

Por segunda vez, en espacio que no llega a medio siglo, van a ver los franceses invadido su territorio; van a sentir el tacón de la bota prusiana, pisoteando este jardín del mundo, esa tierra tan bien cultivada y fértil, mitad de la riqueza de la patria, siendo la otra mitad la gentilísima industria y el brillante comercio.

No puedo menos de dolerme de la suerte de Francia, habiendo seguido, con el interés vivo e ingenuo de la primera juventud, sus desventuras de 1871, y temido las que ahora caen sobre ella, al ver el giro de su política y de su vida interior, desde aquella magna catástrofe. Parece que de ella debieron deducirse enseñanzas y lecciones muy duras y severas, pero muy tónicas; por desgracia no fué así, sino que un sentido suicida llevó a Francia por derroteros que siempre han costado los abismos, de los cuales no se sale, o se sale para arrastrar una existencia penosa.

* *

Lo que ha defendido, protegido a Francia, ha sido su sabia economía, sus reservas considerables de numerario. No precisamente porque el dinero sea el remedio ni el preservativo contra los azares de la guerra, sino porque en donde se economiza, donde tanta gente es rentista en pequeño y propietario en pequeño, es más difícil que se produzcan estados revolucionarios, desórdenes que comprometan la seguridad y la estabilidad nacionales. La *Commune* no desmiente esta verdad. La *Commune* surgió de un momento de desesperación. No hubiese podido durar ni llevar a la práctica sus bárbaros ideales. La hubiese sofocado, como la sofocó, el sentido práctico de una nación que lo tiene, aunque a veces «mayormente» - como diría el autor de *La Verbena de la Paloma* -, no lo parezca.

* *

Y ¿qué le espera a Francia? Después del aplastamiento en tres semanas que se promete el enemigo, ¿qué sucederá? ¿Qué rescate van a exigirle? ¿Cuál de sus hermosas provincias va a caer en manos de Alemania, para hacer compañía a las dos de los crepones y el lazo-mariposa, constante ¡ay! de los patriotas franceses? ¿Será cierto que, de esta vez, se queda Chanteclair sin una sola de sus arrogantes y tornasoladas plumas?

Y nosotros, en todo ese revuelto y colosal maremagnum, ¿qué pintamos, qué hacemos? ¿Qué consecuencias tendremos que afrontar? ¿Será cierto que estamos libres, que no hemos adquirido compromiso alguno, que no pueden alcanzarnos sino casuales y lejanas salpicaduras? Y caso de ser cierto (no hay nunca entera seguridad de lo que dicen los políticos) ¿es bueno que así suceda?

Bueno, por lo pronto, quién duda que lo es; mientras el mundo arde en guerra, nosotros, no sin emoción, pero sin riesgo, leemos las confusas y contradictorias noticias, las comentamos, las desmenuzamos, forjamos hipótesis, y hacemos votos por el triunfo de aquellas potencias que nos son más simpáticas.

* *

Hasta lisonjea un tanto nuestro orgullo nacional el saber que el franco vale ahora menos, mucho me-

nos que la peseta. ¡Cuando lo habíamos pagado a 30 por 100 y a otros precios locos!

Pero más allá de la bonanza que disfrutamos (sin estar ciertos de que será duradera) hay el porvenir, lo que de las grandes colisiones se forma y brota sobre las ruinas. ¿Qué nos prepara el porvenir? ¿Qué ganamos, qué perdemos en esta lucha jamás presenciada, en este combate de los gigantes asaltando el cielo?

Incógnita. ¡Y se dirá que hoy el pueblo se gobierna a sí mismo! Riámonos de tal afirmación. Hoy, como siempre, el pueblo es gobernado y conducido con espesa venda, como ciego a quien la luz molesta en los doloridos ojos, hacia destinos que ignora, mediante tratados que no conoce; y así camina, lo mismo a la larga aventura de Marruecos, que a las eventualidades de algo que se estipuló y que habrá que cumplir. Porque suponer que potencias ambiciosas y calculadoras y que se dirigen a un fin apartando obstáculos, han de sumarse a nosotros en lo que quiera que sea sin sacar tajada a su boca, es pensar en lo imposible: Nosotros, probablemente, cargaremos con algún mochuelo, nos tocará bailar con alguna muy fea. Y eso es lo que nos trae el corazon metido en un estuche.

* *

Entretanto, estremece calcular qué estará sucediendo en tantos países, ayer prósperos, abundantes, bien bastecidos de todo. Francia - ¡pobre Francia! - que tan admirablemente explotaba el suelo fecundándolo con su trabajo, no tiene aún recogida la cosecha. ¿La recogerá? ¡Nuevamente la invasión, la invasión! Las abuelas recuerdan que, de mocitas, tuvieron que escanciar vino a los prusianos. Las nietas habrán de escanciárselo otra vez...

Il faut marcher! Resignada y triste, Francia sale a campaña, moviliza su ejército. Según opinión general, se opondrá en vano a la irrupción del enemigo, que se precipita sobre París... como en 1871. Sólo que, esta vez, la última palabra han de decir la Rusia e Inglaterra. Arminio pelea solo, o casi solo, contra una coalición potente. Italia, con femenina inconstancia, le abandona; Austria, que no puede ni con Servia, de poca ayuda le valdrá. El Japón le hace muecas amenazadoras. Y Francia, Inglaterra y Rusia ya han apretado la lanza y aflojado la rienda. El coloso germánico se revuelca, a dentelladas, acometiendo, resistiendo, como jabalí en la selva...

¡Momento trágico entre los trágicos que la memoria humana puede evocar!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Aplazar sin necesidad el cumplimiento de los deberes es endeudarse consigo mismo y exponerse más o menos tarde a una quiebra moral. En la negligencia de los pequeños deberes se hace el aprendizaje de las faltas graves.

MME. NEIKER.

Evitad todo aquello que no podríais decir ni hacer delante de testigos. Es esta una gran regla y con ella manteniéndose el hombre en la línea del deber y de la tranquilidad.

LACORDAIRE.

Si ves a un pobre y lo vistes, pero se lo echas en cara, es como si lo desnudases.

FILEMÓN.

La antigüedad, sin desconocer la caridad, recomendaba sobre todo la justicia. La gloria del cristianismo consiste en haber proclamado y propagado la caridad.

VÍCTOR COUSIN.

Con razón aconseja Platón que no ejercitemos el cuerpo sin el alma ni el alma sin el cuerpo, sino que los lagamos caminar unidos y al mismo paso, por decirlo así, como dos caballos enganchados a un mismo carro.

PLUTARCO.

Hay muchas maravillas en el universo, pero la obra maestra de la creación es el corazón de una madre.

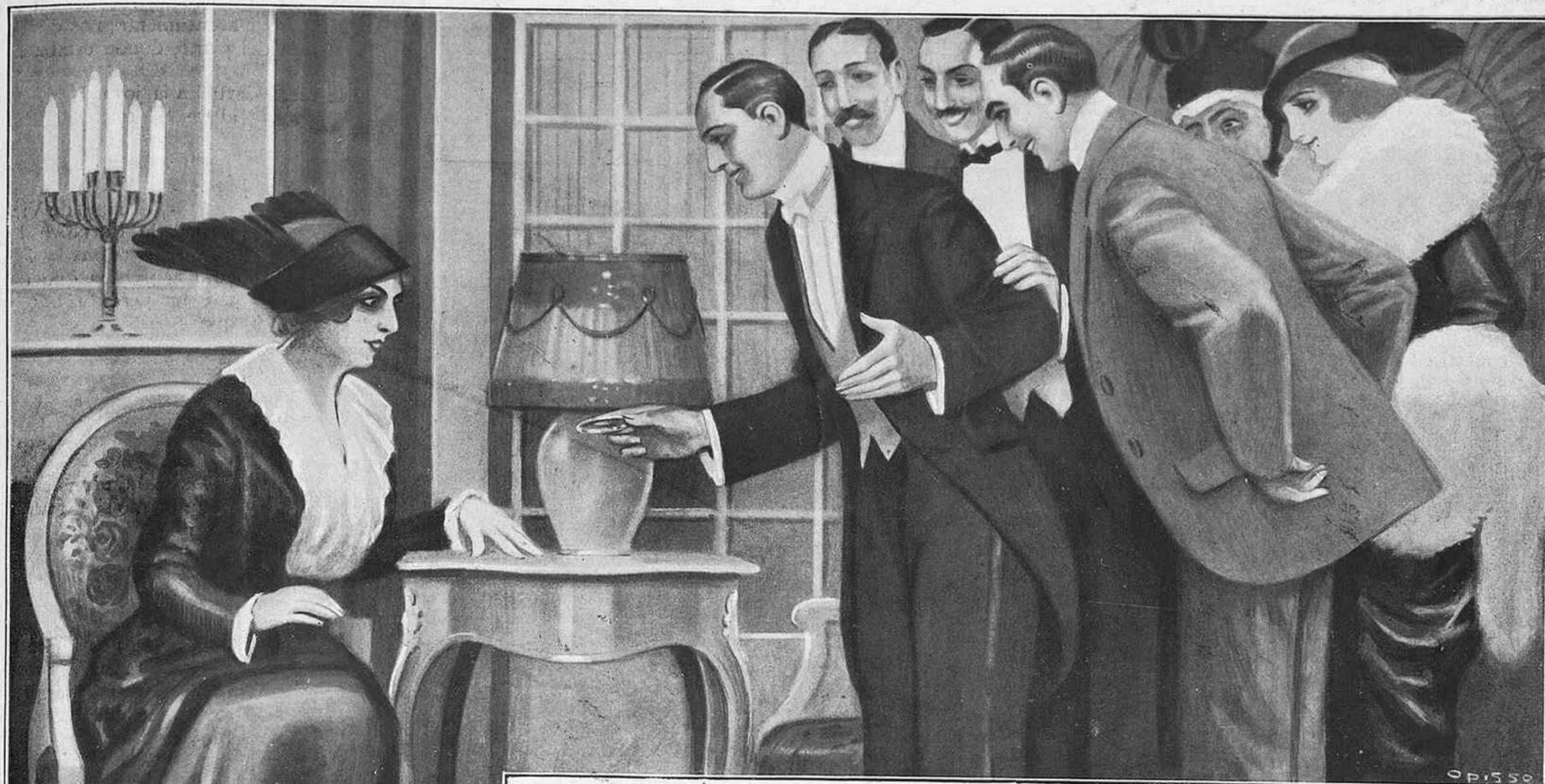
BERSOT.

El hombre perfeccionado por la sociedad es el mejor de los animales; pero es el más terrible de ellos cuando vive sin justicia y sin leyes.

ARISTÓTELES.

La Sal Natural de Sprudel
de
es la única legítima Sal de Carlsbad

CONTRAVERNIR AL OCTAVO, POR JOSÉ DE LUCAS ACEVEDO, dibujo de Opisso



— He aquí la pulsera que usted ha perdido hoy y que nuestra amiga ha encontrado

I

Lydia Suárez raramente faltaba a los *Viernes* de los señores de Ontoria; pero si alguna vez, por enfermedad o ausencia, no concurría, todos la echábamos de menos en seguida y nos preguntábamos unos a otros con verdadero interés: «¿Saben ustedes algo de Lydia? ¿Estará enferma? ¿Cómo no habrá venido hoy?»

El unánime interés y simpatía que ejercía Lydia sobre todos los concurrentes a los salones de Ontoria, no se derivaba de la hermosura ni de la juventud ni del esplendor de nuestra amiga. Estos dones, que son generalmente los que imponen el predominio de las mujeres, no los poseía Lydia. Al contrario: no llegaba a ser más que una aceptable vulgaridad. Viuda de un oficial del ejército, no podía pasar del esplendor que permite una pensión modesta; su juventud había desaparecido diez o quince años antes; y su hermosura sólo debió consistir en esa lozanía que, lo mismo que las flores recién cortadas por vulgares y humildes que sean, tuvo toda mujer después de los quince y antes de llegar a los treinta.

Cuando yo la conocí tendría treinta y cinco años. Era alta, proporcionada, de finos modales, carácter encantador, y rubia por efecto de la química. Vestía de un modo tan equívoco, que a veces no se sabía si aquello era elegancia o ridiculez. Era, en fin, una de esas señoras que viven encastilladas en el artificio de su fantasía, engañándose a sí mismas, como tantas otras, con los pujos y pretensiones de grandeza y vanidad que ponen en todos los detalles de su vida.

Pero he aquí que esta mujer, precisamente por el defecto de sus fantasías, era por lo que se hacía deliciosa e interesante. Porque ¡mentía tan bien!, ¡daba tal realidad y color a las narraciones de sus embustes!, ¡ponía tanta habilidad en los acontecimientos con que nos embaucaba!, que teníamos que guardar

un absoluto comedimiento en su presencia y ocultarnos los guiños, las sonrisas y los apartes intencionados que la oportunidad nos inspiraba al oír sus fábulas ingeniosas.

Esto no quiere decir que, aunque nadie lo confesara, no tuviésemos todos igual opinión respecto a las debilidades de la fanfarrona Lydia.

En casa de Ontoria, lo mismo que en otras muchas de la buena sociedad adonde asistía, no se podría precisar cuándo, cómo, ni por qué se la conoció; pero tampoco nadie se metería a averiguarlo. Se la conocía y se la estimaba en muchas partes, y bullía en todas las reuniones que celebraban sus conocimientos. Conservaba muy bien las amistades, no olvidando ninguno de esos minuciosos y coquetones detalles de cumplimento y cortesía: la postal de felicitación en un cumpleaños; el ramo de nardos para una primera comunión; la visita de pésame en un aniversario, y el regalo caprichoso propio para unas bodas.

Pero, sobre todo, en los *Viernes* de los de Ontoria era la precisa, la indispensable, el sainete viviente, en fin, que hacía las delicias de todos. Por eso, cuando alguna vez no acudía, nos faltaba algo, y era eso: la ingeniosa comedia de la viudita, siempre igual y siempre diferente.

II

Lydia adquirió celebridad por sus embustes, como se adquiere por otras muchas cualidades negativas. ¿Se engañaba ella a sí misma, o nos engañaba a los que la escuchábamos?.. Aquello podía ser un divertido juego en el que nadie sabíamos quién llevaba la peor parte: si ella, fingiendo que creía que la creíamos, o nosotros, aparentando que nos engañábamos con sus engaños. Menos mal que sus mentiras eran sencillamente frívolas, sin trascendencia ni perjuicio para nadie, y muy lejos de entrar en los dominios de la calumnia. Cuando llegaba, todos la rodeábamos en seguida con agasajos, nos sentábamos en torno suyo y esperábamos de sus labios el nuevo embuste, la última aventura desgraciada, el palpitante suceso que le hubiese acontecido, pues, generalmente, en pérdidas, robos y fracasos financieros consistían sus adulteramientos de la verdad.

Otras veces, haciendo gala de sus relaciones, nos hablaba del último baile en casa del duque H., en el que se divirtió tanto; de la excursión en automóvil con los marqueses de Z., con quienes pasó una tarde deliciosa; de la boda de la condesita X., que resultó muy lucida; y así, de esta guisa, nos iba haciendo relación de los sucesos más salientes de sociedad durante la semana. Barajaba nombres distinguidos y títulos nobiliarios con la misma soltura y

familiaridad que si tratara de cintas, encajes y perifoneos. Cuando nos ocupábamos de teatros, de fiestas hípcas o de pruebas aéreas, demostraba un conocimiento perfecto del éxito o fracaso de las últimas obras estrenadas; sabía qué caballos ganaron las carreras, y podía dar razón de los vencedores en el *raid*. Y todo ello no era más que el excelente resultado de su feliz memoria y de su asiduidad a la lectura diaria de los periódicos. De Lydia no podía decirse que para mentir hace falta memoria; ella la tenía, y buena.

Por entonces nuestra amiga había extremado de tal modo sus exageraciones, que ya, al escucharla, aun en su presencia, no podíamos remediar una burlona sonrisilla ni resistir a la tentación de unas pisaditas de inteligencia, o un codeo intencionado. Sucesivamente, le robaron unos miles de pesetas, quebró una Sociedad de la que era accionista y se le quemaron en casa unos abanicos antiguos de gran valor. Nada de esto habíamos creído, pero al último caso sucedido a la viudita, por una serie de extrañas y casuales circunstancias que todos pudimos apreciar, hubimos de darle crédito y quedamos sumidos en un mar de dudas sobre todos sus anteriores relatos. Hasta llegamos a pensar si, en contra de la opinión general, aquella pobre señora no nos había mentido nunca y todo cuanto nos refirió en distintas ocasiones, fué siempre una exacta crónica de la verdad.

Como aquel día no acudió, lamentando el contratiempo, hubimos de cambiar las preguntas de costumbre: «¿Estará enferma Lydia?.. ¿Se encontrará de viaje?.. ¿Cómo no habrá venido hoy?..»

III

Acudiendo a la memoria, empezamos a comentar que Lydia se presentó muy temprano el viernes anterior, pero no tanto que no estuviésemos allí ya, entre otros, Fernandito Peris, Angel Delgado, Damián Samper y Epifanio Sánchez, que por entonces empezaba a hacer la rueda a Lola Ontoria, primogénita de la casa. Puede decirse que ya había llegado lo que llamábamos «la plana mayor» del sexo feo, y los que principalmente hacían salir de quicio a la simpática Lydia, sacando partido a su debilidad, poniéndola en el trance de mentir, y empleando las más diplomáticas chacotas, las más sutiles ironías y las burlas más disimuladas.

Nos encontrábamos en la sala del piano, donde la linda Rosalía, hermana de Fernando Peris — precoz y admirable poeta — preludiaba con aquella maravilla de sus manos sabias un lánguido vals en moda.

El reverente silencio de la estancia, tributo de arrobamiento a la bella y sabia pianista, fué de

pronto interrumpido por la Suárez, que desde la puerta palmoteó adulatora y escandalosamente, clamando al propio tiempo:

— ¡Bravo!.. ¡Muy bien, Rosalía!..

La señorita Peris suspendió el concierto y entre todas las muchachas hicieron enrojecer a besos la carita jovial de la recién llegada. Los hombres nos levantamos de nuestros asientos, tendiéndole la mano. Restablecido el orden, Rosalía volvió a ocupar la banqueta ante el mueble armonioso.

En un paréntesis de descanso, alguien invitó a Lydia a que cantase. Aquel día, a juzgar por su entrada gozosa y triunfal, no debían amargarle contrariedades recientes y era de esperar que se encontrase propicia, siquiera por una vez, a complacernos con algo más agradable que sus continuos y amargos acontecimientos.

Y todos, a una, coreamos:

— ¡Que cante!.. ¡Que cante!..

No fué bastante ningún razonamiento para hacerla salir de su obstinada negativa. En realidad, tampoco lo deseábamos formalmente; de ceder, hubiese sido un rato de broma nada más, puesto que nadie tomaba en serio las cosas de aquella mujer oxigenada.

Se excusó con mil razones y pretextos y, finalmente, por aquella vez, hubimos de concederle que obraba con perfecta cordura para no caer en el ridículo.

Damián tocó en el resorte al flaco de la viudita:

— ¿Pero qué le ocurre a usted, Lydia?.. ¿Por qué no canta?..

— ¡Crea usted que no estoy para fiestas, Damián!.. Pero, a pesar de todo, vine hoy, porque en esta casa, con tan buenos amigos, se olvidan penas.

La tentativa de Damián dió feliz resultado y, por si no era suficiente, acabó de tirarla de la lengua:

— Pues ¿qué le sucede?.. ¡A ver, a ver; cuéntenos usted!..

Hicimos corro en seguida. ¡Ya pareció aquello! Nos dispusimos a escucharla, seguros de que Lydia no eludiría mentirnos, como había eludido cantar.

Bien seguros estábamos de que no podría resistir a la tentación de contravenir al octavo, ya que tan propicia se le presentaba la ocasión. Y nos soltó, entre aspavientos y gestos exagerados, la que, de fijo, tenía tramada de antemano:

— ¡Nada!.. Si, después de todo, no tiene importancia; pero es que la desgracia parece perseguirme. Verán ustedes: esta mañana fui a oír misa a San Ginés, y cuando de vuelta llegué a casa, ¡noté que había perdido una pulsera de brillantes!.. ¿Qué les parece?.. Y no lo siento tanto por las cinco mil pesetas que vale, al fin y al cabo... sino porque se trataba de un recuerdo de familia. Una pulsera que, por lo mismo, no me ponía casi nunca, y hoy que lo hice, miren ustedes qué fatalidad...

Damián y yo nos miramos picarescamente.

— Pero, Lydia, ¿es posible?.., dijo él.

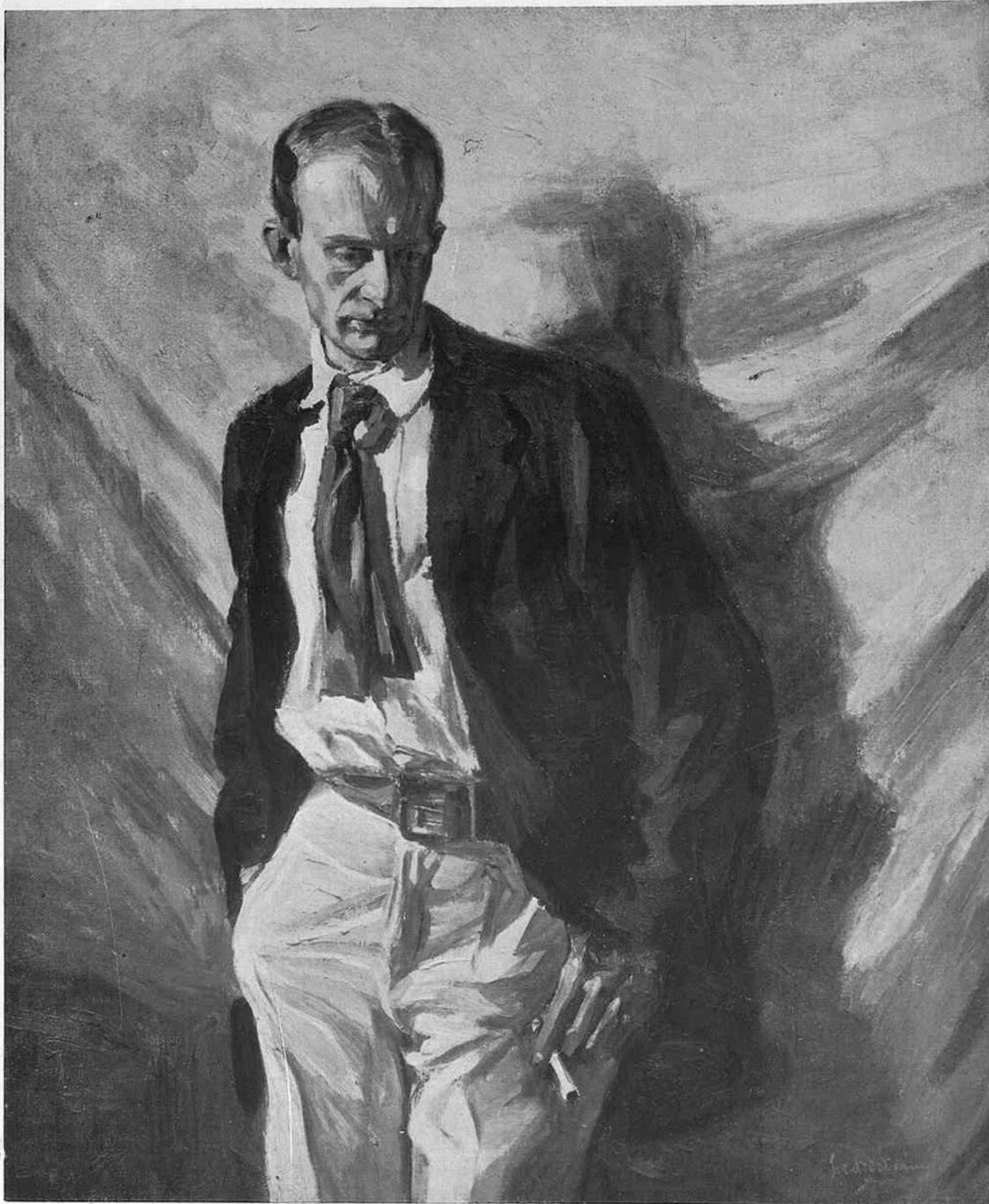
— ¡Como ustedes lo oyen!..

— ¿Y por qué no pone en juego algunas indagaciones para encontrarla?.. Por ejemplo, ya que no otra cosa, un anuncio en los periódicos.

— ¡Bah!.. ¡Buena gana! No ha de aparecer de ningún modo. Nunca que perdí o me quitaron algo, he vuelto a recuperarlo. Además, que yo soy así; al

pronto, un berrinche; pero después, como si tal cosa. Así como así, no hay mal que por bien no venga; es posible que el hallazgo haya remediado alguna necesidad.

Así terminaba siempre; con aquel alarde de despreocupación y desprendimiento, que era lo que había creado en torno de sus narraciones la desconfianza y la burla.



Estudio retrato, por J. Szent-Istvani. (Exposición de los Secesionistas muniquenses, 1914.)

Ya habíamos tomado el te y casi olvidado el cuento de la viudita, cuando apareció Victorina Madrueño en compañía de su mamá. La encantadora morena llegaba toda sofocada, envuelta en pieles que la ahogaban; y en tanto que nosotros, galantemente, la ayudábamos a desembarazarse de ellas, preguntamos el motivo de su retraso.

Nos explicó la causa: el teatro, visitas, y por último, palmoteando puerilmente y girando sobre los tacones, como una ruleta, en el centro del círculo que habíamos formado, nos dió la estupenda, colosal y sorprendente noticia:

— ¡No saben ustedes!.. Hoy vengo contentísima. ¡Pásmense; miren, miren!..

Y apoyándose en las puntitas de los pies y levantando verticalmente el brazo derecho, concluyó diciendo:

— ¡Me he encontrado esta pulsera!..

Extrañados, atónitos, realmente paralizados, clavamos los ojos en el soberbio brazalete de oro con brillantes que, como un rosario de gusanos de luz, circundaba la muñeca de Victorina con una cuchillada de fosforescencias alrededor de la mano pequeña y pulida.

De fijo que, en aquel momento, todos pensamos igual. ¡No siempre mentía Lydia; acaso no mintió nunca!

Cierto, ciertísimo cuanto nos había dicho. Éramos unos miserables villanos los que tildábamos de embustera a la pobre señora.

La pérdida de su pulsera era de una aplastante realidad.

Explicamos a Victorina, ante su mayor asombro y tras de quedar como quien ve visiones — ¡adiós, alegría reidora de un hallazgo! —, cuanto nos había referido Lydia antes de su llegada, y reconocida la propiedad, con su esperado asentimiento, nos dirigimos en tropel a la sala del piano, donde estaba la interesada.

Era justo que le fuese devuelta la joya. Damián, al frente de la comitiva, tomó la palabra:

— ¡Lydia, una sorpresa!.. Por esta vez, la suerte, por mano de Victorina, le devuelve lo que le arrebató. He aquí la pulsera que usted ha perdido hoy y que nuestra amiga ha encontrado.

La Suárez no repuso palabra. Se turbó, palideció, miró con extrañeza la joya que le ofrecíamos.

Pareció dudar, mirándonos como si se tratara de una pesada broma nuestra; pero, por lo visto, al observar la seriedad de todos, se decidió a tomarla.

A nadie nos llamó la atención su titubeo: realmente había para pensar en hechicerías y embrujamientos. ¡Aquello era el colmo de la casualidad!

IV

A vueltas con esta conversación estábamos en el saloncillo de fumar, cuando entró Damián, sorprendiendo nuestras últimas palabras.

— De Lydia hablabais, ¿verdad?

— Sí, de Lydia, que no ha venido hoy. Sin duda, la impresión del raro hallazgo de su joya la tiene enferma. ¿Sabes tú algo de ella?..

Nuestro amigo, por toda respuesta, sonrió burlonamente. Sacó un cigarrillo, lo encendió, miró al techo con un chorri- llo de humo y llevóse las manos a los bolsillos del pantalón.

Por su actitud comprendimos que aquel sabueso de salones iba a decirnos algo muy importante.

Le abordamos con más preguntas, porque con sus nuevas sonrisitas nos tenía intrigados, y ya, cuadrándose ante nosotros y poniéndose serio, nos dijo:

— ¡Ah!.. ¿Pero de verdad no sabéis nada?..

— ¿Qué?.., dijimos todos a una.

— ¡Que no debéis preguntar por Lydia, porque no volverá más a esta casa!..

— ¿Hablas en serio?..

— ¿Pero qué ocurre?..

— ¿Acaso ha muerto Lydia?..

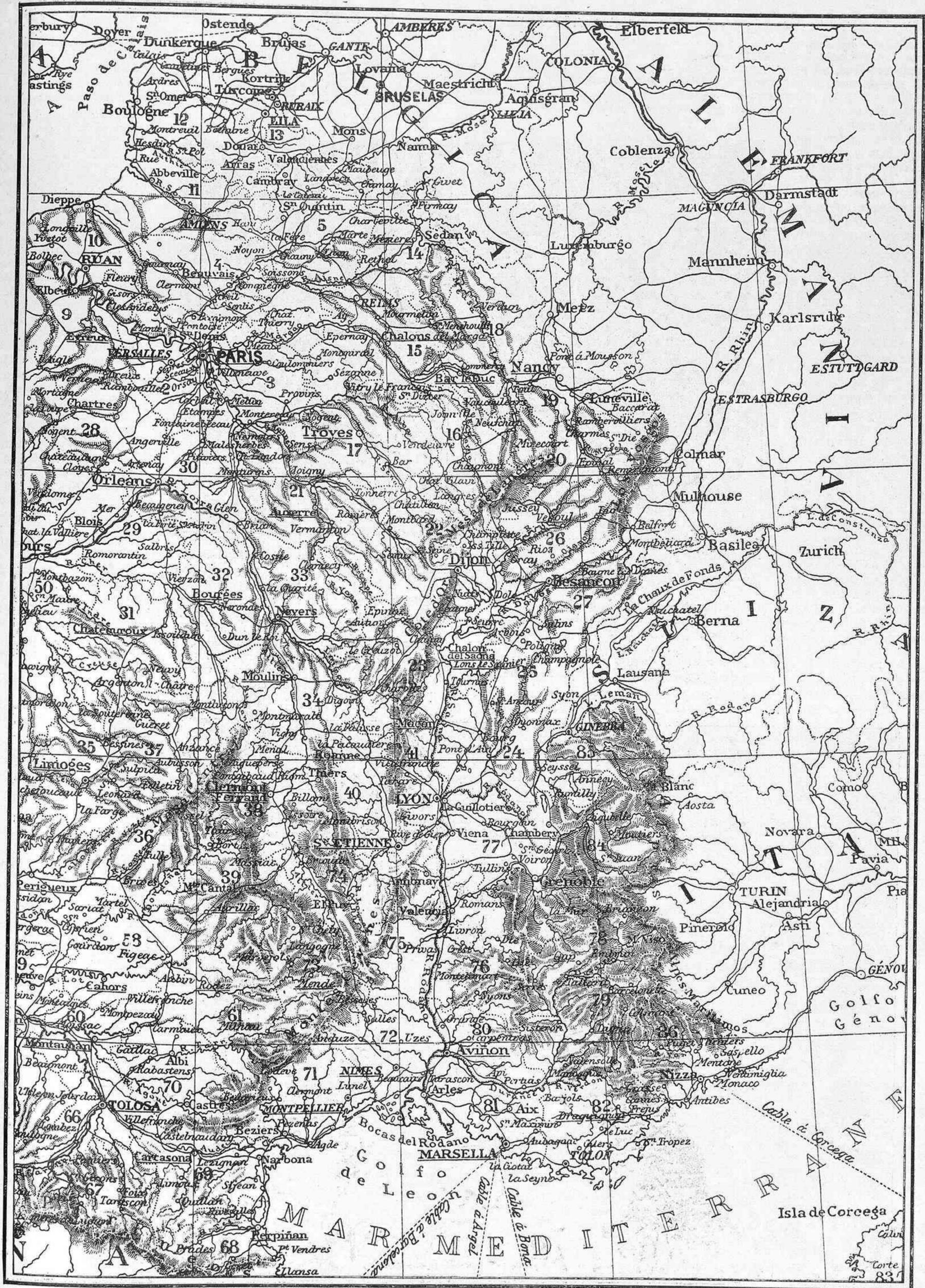
— ¡No, hombres, no!.. ¿No habéis leído la prensa de estos días?..

— ¡Pero, chico, acaba pronto!.. ¿Qué ha dicho la prensa?

— Nada y mucho. Se trata, sencillamente, de un anuncio inserto varios días en «A B C». Él os dará la explicación de todo. Decía así: «Pulsera de brillantes, extraviada entre Paseo de Recoletos y calle de Alcalá. Se gratificará espléndidamente a quien la devuelva. Serrano, 53.»

— ¿Y qué?.. ¿Eso qué quiere decir?.., preguntamos todos.

— ¡Nada, no quiere decir nada, respondió Damián, para los que no sepan que Lydia vive en la calle de Leganitos, 12!..



Mapa parcial de Francia y de los territorios fronterizos de Bélgica y Alemania, en donde se han realizado las primeras hostilidades, y de Suiza e Italia

LA GUERRA EUROPEA. (De fotografías de M. Rol.)

Son tan confusas, tan incompletas y contradictorias las noticias que de la guerra se reciben, que es imposible, salvo en muy contados casos, formarse idea de lo que sucede; y se comprende que así sea, pues, interrumpidas poco menos que en absoluto las comunicaciones postales, telegráficas y telefónicas internacionales, ha de ser forzosamente muy escasa la información que hasta nosotros llega. Y además de escasa ha de ser tendenciosa, porque la mayoría de las noticias, por no decir casi todas, proceden de las partes interesadas (y hasta el presente puede decirse que sólo de una de ellas), y, por consiguiente, han de resentirse de falta de imparcialidad.

Y si esto sucede ahora, cuando en realidad no han comenzado todavía las grandes operaciones y la lucha está circunscrita a un territorio relativamente limitado, calcúlese lo que será el día en que aquéllas se desarrollen en toda su magnitud y sean varios y distantes entre sí los teatros de la guerra, no sólo terrestre, sino también marítima.

Por estas razones y teniendo en cuenta el carácter de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que no es un periódico de información diaria, sólo publicaremos en esta sección las noticias de sucesos de verdadera importancia y cuya exactitud aparezca debidamente comprobada o que ofrezcan, por lo menos, todas las probabilidades de certeza que en las actuales circunstancias pueden exigirse. Además, omitiremos todo comentario, ya que nuestra misión ha de consistir únicamente en procurar que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA queden registrados los acontecimientos más salientes de la guerra comenzada que marquen las distintas fases de la conflagración más espantosa que habrá presenciado la humanidad.

Antes de entrar en la descripción de los hechos ocurridos desde nuestra última crónica, parecemos oportuno consignar algunos datos sobre los ejércitos que pueden poner en pie de guerra las principales naciones beligerantes, las escuadras con que cuentan y las reservas metálicas de que disponen.

Rusia puede poner en pie de guerra 6.000.000 de hombres; Alemania, 5 millones; Francia, 4 millones; Austria, 1.400.000; Inglaterra, 600.000, y Bélgica, 30.000.

Inglaterra cuenta con 484 unidades navales (entre ellas 60 acorazados, 10 cruceros de combate, 34 cruceros acorazados, 62 cruceros, 222 contratorpederos, 59 torpederos y 79 submarinos); Francia, con 382 (entre ellas 25 acorazados, 19 cruceros acorazados, 9 cruceros, 83 contratorpederos, 118 torpederos y 72 submarinos); Rusia, con 173 (entre ellos, contando solamente la escuadra del Báltico, 4 acorazados, 6 cruceros acorazados, 6 cruceros, 90 contratorpederos, 12 torpederos y 14 submarinos); Alemania, con 296 (entre ellas 36 acorazados, 5 cruceros de combate, 9 cruceros acorazados, 35 cruceros, 140 contratorpederos, 47 torpederos y 27 submarinos); y Austria, con 105 (entre ellas 15 acorazados, 2 cruceros acorazados, 18 contra-

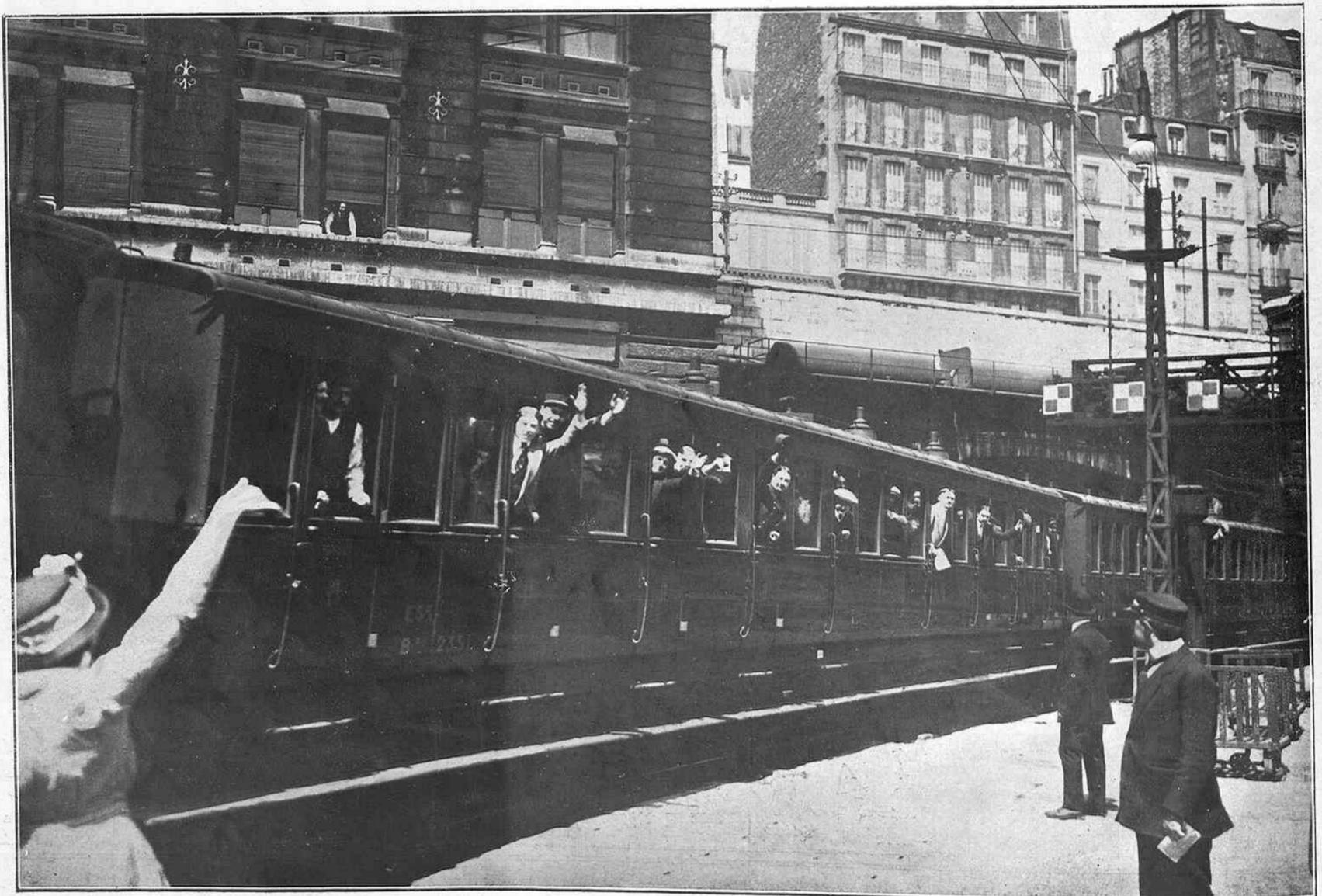
torpederos, cuarenta y cuatro torpederos y ocho submarinos).

Las reservas metálicas de que disponen en los Bancos de emisión son las siguientes: Rusia, 4.306 millones de francos en oro y 198 millones en plata; Francia, 4.104 millones en oro y 640 millones en plata; Alemania, 1.755 millones en oro y 419 millones en plata; Austria, 1.309 millones en oro y 304 millones en plata; e Inglaterra, 1.306 millones en oro y 30 millones en plata.

Con posterioridad a nuestra crónica anterior, Austria Hungría ha declarado



París. — Una de las entradas de la estación de San Lázaro y el puente de Europa guardados militarmente para evitar los «sabotages» en la vía férrea



París. — Salida de la estación del Este de un tren de reservistas para la movilización



El ejército ruso. - Cosacos

la guerra a Rusia, el día 5, y a Francia el día 11; también Montenegro ha declarado la guerra a Austria.

De modo que, en la actualidad, se hallan en guerra las potencias siguientes:

- Alemania con Rusia, Bélgica, Inglaterra y Francia;
- Austria con Rusia, Servia, Montenegro y Francia;
- Francia con Alemania y Austria;
- Rusia con Alemania y Austria;
- Inglaterra con Alemania;
- Servia con Austria;
- Montenegro con Austria.

Y es de suponer que no tardarán en declararse la guerra Austria e Inglaterra.

En cuanto a Italia, sigue manteniéndose neutral, y aun cuando Alemania y Austria ejercen sobre ella gran presión y hasta se dice si el gobierno de Berlín ha enviado al de Roma un ultimátum exigiéndole que Italia combata a su lado o de lo contrario la considerará como enemiga, es lo cierto que hasta el presente aquella potencia persiste en su neutralidad y justifica su actitud en las cláusulas mismas del tratado de alianza, que se propone hacer público si a ello la obligan sus aliados.

Como decíamos en nuestra última crónica, los alemanes invadieron el terri-



El ejército francés. - Zouavos

torio belga y el día 5 atacaron algunas poblaciones fronterizas, apoderándose de Visé; aquella misma noche iniciaron el ataque general a los fuertes de Lieja y al día siguiente lograron entrar en la ciudad, cuyos habitantes se batieron heroicamente en las calles, obligando a los enemigos a evacuarla aquel mismo día, y viéndose el general Eunuich, que mandaba el ejército invasor, en la necesidad de pedir un armisticio de veinticuatro horas para retirar los heridos y enterrar los muertos.

En el momento en que escribimos estas notas (día 13) Lieja sigue resistiendo las terribles acometidas de los alemanes, para quienes ha de ser seguramente un gran contratiempo la digna y enérgica actitud del pueblo belga y la heroica defensa de la guarnición y del vecindario de Lieja, pues apar-

te de perder con ello un tiempo precioso siempre en todas las guerras, pero más que en ninguna en una lucha como la actual, este retardo en las operaciones permite que adelanten las movilizaciones de Francia y de Rusia, y da lugar al desembarco de los refuerzos ingleses en los puertos de Ostende, Dunkerque y Calais. Estos refuerzos que, según parece, ascienden a 200.000 hombres, serán dirigidos a Namur para ayudar a los belgas y rechazar a los alemanes, habiéndose ya puesto de acuerdo los Estados mayores de Inglaterra, Francia y Bélgica respecto del plan de campaña que ha de seguirse.

El general Lemane, que dirige la defensa de Lieja, ha sido condecorado por el gobierno francés con la cruz de la Legión de Honor.

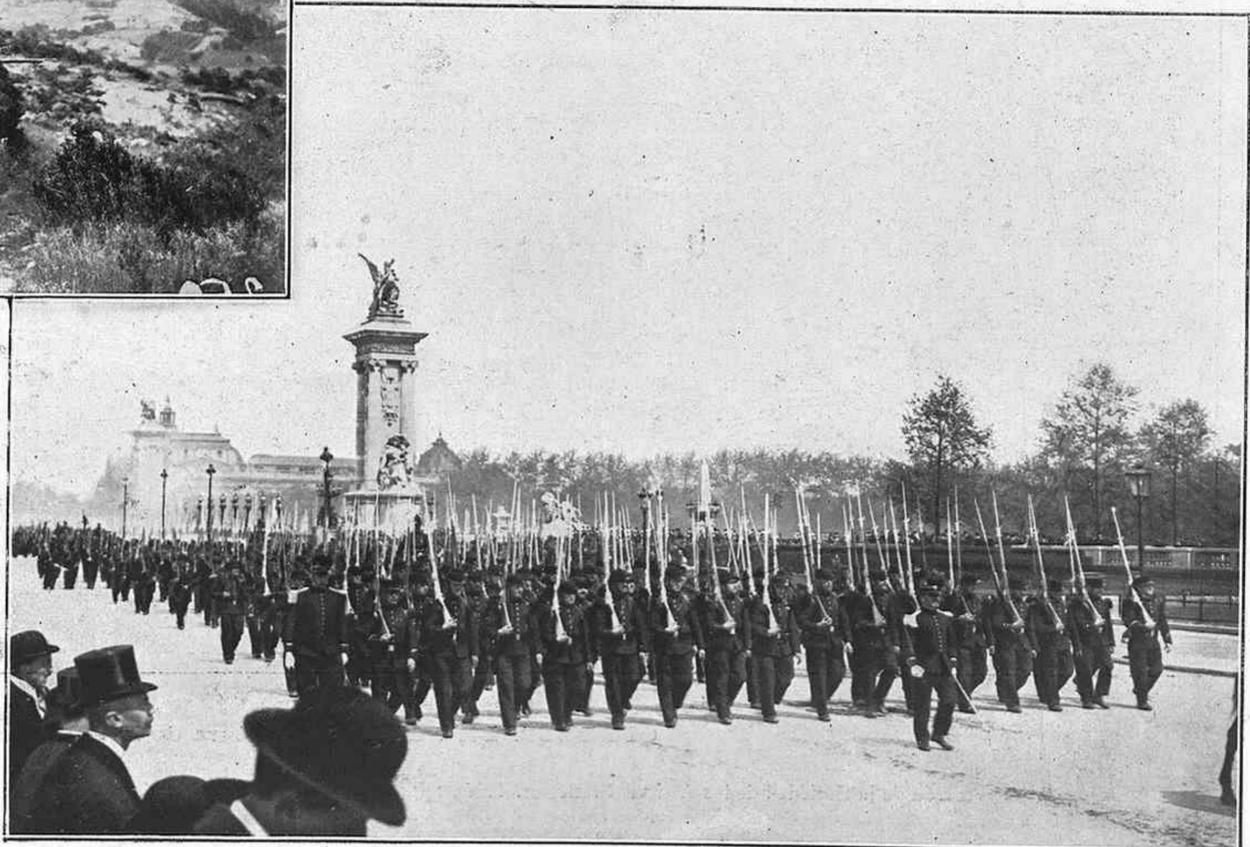


La guardia imperial

El rey Alberto de Bélgica, antes de salir de Bruselas para Amberes, adonde se trasladó la corte belga, dirigió a sus tropas la siguiente proclama:

«Sin la menor provocación de nuestra parte, un país vecino, orgulloso de su fuerza, ha roto los tratados que llevan su firma, violando los territorios de nuestros padres, porque nos hemos negado a faltar a lo que nuestro honor nos obliga, y nos ha atacado. El mundo entero está maravillado de nuestra actitud leal. Que su estimación y su respeto os reconforten. Viendo su independencia amenazada, la nación se estremece y sus hijos marchan hacia la frontera. ¡Valientes soldados! Yo os saludo en nombre de Bélgica. Triunfaréis, porque la razón y el derecho os hacen fuertes. ¡Gloria para vosotros, soldados de la libertad, defensores de vuestros hogares!»

El día 7, una brigada francesa penetró en territorio alsaciano, ocupando, después de un empeñado asalto, la población de Altkirch y al día siguiente la ciudad de Mulhouse, que había sido evacuada por los alemanes. Éstos se retiraron a Neubrisach, pero el 8 recuperaron aquella plaza.



Desfile de un regimiento de infantería



OFRENDA DE FLORES, escultura de E. Sudre

(Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. París, 1914. - Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)



EL ANGEL DEL REPOSO, escultura de Rafael Atché

destinada al panteón que construye la familia Marimón en el cementerio de Villafranca del Panadés. (De fotografía de F. Serra.)



París. - El público formando cola en la Caja de Ahorros de la calle del Louvre para retirar los fondos en ella depositados



Berlín. - El público agrupado ante el edificio de la Caja de Ahorros para retirar sus depósitos. (De fotografías remitidas por Carlos Trampus.)

EL JURAMENTO DE NADIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)

El producto de la venta destinóse a pagar los gastos de construcción del naciente hospital, y el resto a colocarlo de un modo ventajoso para que produjera la mayor renta posible.

También el emperador dió muestras de su munificencia, pues a la donación de los terrenos añadió la promesa de contribuir al sostenimiento del hospital con una elevada renta anual. Por su parte, Korzof apresuróse a declarar que no admitiría como regalo de boda más que donativos para su hospital; así es que todo auguraba a la grande y generosa obra de los novios un brillantísimo porvenir.

La única nube de este cuadro de paz y felicidad era la próxima partida de Korzof para París, en donde se proponía cursar el primer año de Medicina. A fuerza de pensar los dos siempre lo mismo y de hablar de las mismas cosas habíase indenticado Korzof de tal modo con su prometida, que la idea de la separación era para él un grande y verdadero dolor. El príncipe propuso que él y su hija se fuesen a pasar el invierno a París «para dorar la píldora», como él decía; pero el joven tuvo el valor de oponerse a este proyecto.

— Estoy seguro de que de este modo no trabajaría con la intensidad que me es necesaria, dijo; eso fuera tener el valor sólo a medias y hay que ser fuertes del todo.

Partió por fin a últimos de octubre, y Nadia, volviendo a reanudar la vida de sociedad, preparóse por su parte a deberes más serios que los que había cumplido hasta entonces. Compartía su tiempo de modo que pudiese consagrar al estudio algunas horas del día, sin descuidar por esto las prácticas sociales, que cumplía con rigurosa exactitud. De este modo transcurrió el invierno casi sin darse cuenta, y en el mes de junio, antes de salir con su padre para el campo, fué a hacer la visita de despedida al hospital en construcción, cuyos trabajos estaban ya bastante adelantados.

Aunque a causa del invierno hubo que suspender durante algunos meses los trabajos de construcción, en cuanto llegó el buen tiempo aumentóse el número de obreros de tal modo, que el enorme edificio surgía de la tierra como por encanto.

Nadia inspeccionó los trabajos, cruzó por los frágiles tabloncillos que servían de puentecillos, visitó los sótanos, examinó atentamente las obras de canalización para la traida de las aguas, mostrándose muy entendida al estudiar los planos y al discutirlos con el arquitecto, hasta que al fin marchóse con el corazón rebosante de júbilo.

— No comprendo esto, dijo su padre, tú enmendas la plana al arquitecto, conoces la calidad de los ladrillos mejor que el contratista... ¿Es que te burlas de ellos o de mí?

Por toda respuesta, Nadia sonrió sintiéndose dichosa, y aquella misma tarde escribió una larga carta a su prometido, en la que la descripción de las obras realizadas ocupaban menos papel que el júbilo desbordamiento de su alma. La joven imaginábase ya que veía el hospital terminado, con sus largas filas de limpias y confortables camas.

— Nadie se morirá allí, decía; todos los que entren saldrán curados y contentos.

Algunos días más tarde el príncipe Roubine y su hija partieron para sus magníficas posesiones de Smolensk.

A su llegada fueron recibidos por el viejo intendente, el cual continuaba siempre condoliéndose y lloriqueando, como tenía por costumbre hacía cincuenta años.

Gracias a este hábito tan arraigado en él de quejarse de todo, de las cosechas, de su época y de su salud, era dueño de una bonita fortuna, pues poseía una habilidad especial para engañar a todo el que hacía con él algún negocio. ¿Quién era capaz de pensar que aquel hombre, que estaba a dos dedos de la tumba, fuese capaz de engañar a su prójimo?

De este modo había logrado adquirir un bienestar más que regular, granjeado sobre los bienes de su dueño y aumentado con importantes primas, concedidas voluntariamente o arrancadas por la violencia; pero para él lo importante era que entrasen en su bolsillo; pues una vez allí ya se cuidaba él de que no

volviesen a salir. Pero aunque fuese rico y aunque los campesinos de los alrededores, al hablar entre ellos estimaran como un gran capital algunos rublos, por los que le pagaban intereses enormes, siempre se le veía grasiento y remendado.

Apenas si en honor a sus amos decidióse a ponerse aquel día un caftán menos sucio que el que usaba de ordinario; pero en cuanto a su gorro de piel, completamente pelado ya, no había que soñar en que lo reemplazase con otro. Sin este gorro Iván Stepline no hubiera sido el mismo.

A su lado estaba su hijo Teodoro, derecho como un huso, escuchando las jeremiadas de su padre con un aire enojado y que al mismo tiempo era muy propio para el caso. También él acompañó al príncipe y a su hija, con la cabeza descubierta y sin pronunciar una palabra.

Así que llegaron al gran salón, preguntó a sus señores, respetuosamente, si no tenían ninguna orden que darle, y al recibir una respuesta negativa se retiró, obligando con esto a Iván Stepline a seguir su ejemplo.

A la mañana siguiente, muy temprano, salió Nadia a recorrer los jardines y los invernáculos de sus magníficos dominios.

La joven había tenido siempre gran predilección por estos lugares, en donde pareciale que flotaba la imagen de su inolvidable madre, a la que tan tiernamente quiso.

En aquel sitio había nacido la princesa, allí dió a luz a su hija y en la iglesia que se alzaba frente al castillo, descansaba su cuerpo hacía muchos años.

En su dicha triunfante Nadia sentía la necesidad de recorrer todos aquellos lugares, llenos de los recuerdos de su infancia, que parecíanle aún más vivos que antes, a pesar de haber perdido gran parte de su importancia e interés; de tal modo anegábase toda su vida anterior en su esplendorosa alegría presente, y en el glorioso porvenir que se ofrecía ante sus ojos.

A eso de las once volvió lentamente hacia la casa, con un manojo de flores que había cogido en el pterre.

En el umbral de la puerta encontróse con su padre, dispuesto ya para salir, dirigiéndose ambos silenciosamente a la iglesia, en donde los esperaba ya el cura revestido con ornamentos negros.

En el centro del coro, sobre una mesita, cubierta con un fino mantel, había un plato lleno de arroz cocido y algunos racimos de uvas secas que formaban una cruz.

La servidumbre, los lacayos, el intendente con su familia y numerosos campesinos, agrupados en el interior de la iglesia, apartáronse respetuosamente para abrir paso al príncipe y a su hija, que ocuparon el sitio de honor, reservado a los señores del lugar y a los personajes más elevados, y que estaba situado a la izquierda, detrás de una verja, abierta en el centro.

Este sitio, ocupando un espacio frente al grupo de los sochantres, estaba junto a las imágenes del Salvador y de los santos que ornan el iconostasio; especie de retablo, que separa al tabernáculo de la iglesia.

El sacerdote saludó a los fieles, empezando por los señores, después dirigióse al coro y acto seguido al pueblo, agrupado en el centro de la iglesia, y tomando un humeante incensario, que le presentaba el diácono, ofreció el incienso al plato de arroz, destinado a representar en las ceremonias fúnebres al muerto, por el cual se reza el oficio de difuntos. En seguida entonó los salmos funerarios, a los cuales respondía el coro con tono plañidero.

La ceremonia, que por otra parte no era muy larga, terminó según los ritos; y entonces se dirigió Roubine hacia una gran losa sin inscripción alguna, que estaba situada a la entrada del coro.

Nadia arrodillóse junto a él, desparando las flores sobre la piedra que cubría la fosa en donde reposaba el cuerpo de su madre.

Remontando sus recuerdos hasta una época muy lejana, acordóse de que aquella peregrinación era el primer acto de su estancia en aquellos dominios, realizándola siempre con piadosa ternura; pero esta vez, al presentar su florida ofrenda y su plegaria a la querida muerta, la joven murmuró en voz baja, como si pudiese ser oída:

— Madre, soy muy dichosa; bendice mi nueva felicidad.

Al salir de la iglesia el príncipe y su hija cambiaron algunas palabras con los campesinos que conocían más particularmente y que se habían acercado a besarles la mano, pues aunque esto no acostumbraba a hacerse más que en tiempos del feudalismo, Roubine era muy querido por todos sus siervos.

Cierto que éstos hubieran preferido tener un intendente menos codicioso, pero a este mal no se le conocía ningún remedio, pues todos los intendentes, salvo alguna rarísima excepción, eran poco más o menos lo mismo; y gracias a que los rigores de Stepline se suavizaban con la presencia anual del dueño, que se enteraba por sí mismo del estado de la comarca, atendía todas las quejas y no negaba nunca la madera necesaria para edificar una *isba* nueva, cuando la vieja estaba ya inservible, el descontento no era tan grande.

Nadia informóse del estado de su hospital en donde todo marchaba a las mil maravillas, gracias al nuevo médico, que era un hombre muy activo y resuelto, y que, antiguo cirujano de regimiento, estableció desde el primer día una disciplina militar, medida que siempre es muy útil para los enfermos, pero más necesaria que en ninguna otra parte, en Rusia, en donde todos son muy aficionados, a causa de su temperamento, a dejar que las cosas se hagan por sí solas.

La campana del reloj de la morada señorial sonó las doce, y el príncipe, despidiéndose de todos los que le rodeaban, rogó al sacerdote que fuera un poco más tarde al castillo para bendecirlo, y rezar las plegarias que habían de alejar de él toda desdicha, como era su costumbre siempre que se instalaba en alguna parte; después entró en su casa acompañado de su hija.

Efectivamente, después de comer, todos elevaron al cielo las susodichas plegarias y, después de ofrecer un delicado refrigerio al sacerdote y al diácono, volvió la vida a recobrar su rutina ordinaria de obligaciones y de placeres.

Al día siguiente, cuando después de almorzar instalábase Roubine y Nadia en un salón muy aireado y fresco, que estaba situado al Norte y en donde las moscas, esa verdadera plaga de Rusia en verano, no se aventuraban aún a entrar, asomó de pronto, por el marco de la puerta que estaba siempre abierta de par en par, la nariz borgoñona de Stepline.

— ¿Se puede pasar?, preguntó con la más humilde y obsequiosa cortesía.

Habiéndosele concedido el permiso solicitado, Stepline introdujo en el salón el resto de su persona, la cual, parecía siempre colocarse oblicuamente, sin duda para ocupar menos sitio.

— ¿Qué hay?, preguntó Roubine sin apartar la vista del periódico que leía.

— Voy a decirlo, *batiuchka*, respondió el intendente, sirviéndose de una palabra afectuosa que literalmente significa *padrecito* y que lo mismo se emplea hablando con los superiores que con los inferiores, siendo menos ceremoniosa que *barina*, que tiene el significado de dueño o señor. Usted sabe, *batiuchka*, que yo tengo un hijo, un guapo mozo, el cual tuvo el honor de llevarle a usted sus rentas el pasado mes de junio.

— Sí, ya me acuerdo, interrumpió el príncipe, a quien le desagradaban mucho los largos discursos de su intendente. ¿Qué quieres decir con eso?

— Pues bien, príncipe, el muchacho está en edad ya de casarse. ¿Qué piensa usted de eso?

Los penetrantes ojillos del viejo, iban desde Roubine a Nadia, con la regularidad de uno de esos relojes de la Selva Negra, en los que se ve un león que gira los ojos con una mirada feroz y dulce a un mismo tiempo.

— ¿Qué quieres que piense?, respondió Roubine volviendo la hoja del periódico, detrás de la cual desapareció su rostro momentáneamente. Ese asunto es de tu hijo.

Nadia quedóse impasible, coloreándose su rostro, más de cólera que de vergüenza.

— Es que, *batiuchka*, me han propuesto una novia para mi hijo; una muchacha muy linda, rica, y

bien educada..., pero sin su consentimiento de usted yo no quisiera... ¡oh!, no; por nada de este mundo sin su consentimiento y el de la princesa.

Y sus ojos continuaban del uno al otro.

Nadia se levantó y cogió un libro de encima de la mesa.

— ¿Qué es lo que quieres?, preguntó Roubine dejando por fin el periódico, ¿mi permiso para que se efectúe el matrimonio de tu hijo? Veamos, ¿quién es la novia?

— Como ser una señorita, no lo es; es la hija de un intendente, como mi Teodoro. Nosotros no podemos pretender a las señoritas, ¿no es cierto, princesa?

— Ciertamente, respondió Nadia volviéndose hacia él para mirarle de frente. Pero, ¿por qué me hace usted esta pregunta, Stepline? ¿Es que había usted pensado en otra cosa?

Nadia hablaba tranquilamente, pero con tanta altivez que los móviles ojuelos del viejo quedaron inmóviles bajo los párpados semientornados.

— No, princesa, dijo al fin con mucha humildad. ¿De modo que ese matrimonio es de su agrado?

— Mi padre es el dueño de esta casa, contestó ella con dureza; diríjase usted a él.

— Príncipe, ¿le agrada a usted ese matrimonio?, repitió Iván con tono sumiso.

— Debo hacerte observar, dijo Roubine algo irritado a causa del giro extraño y lleno de reticencias que había tomado aquella conversación, ¿me oyes Stepline?, debo hacerte observar que esto no me concierne; hace veinte años que te he liberado de tu yugo y eres libre; tu hijo es también libre, y por lo tanto puede casarse como tenga por más conveniente; yo no tengo nada que ver con eso.

— Pero..., insistió el viejo marrullero volviendo a tomar el tono quejumbroso, tan habitual en él, si después de mi muerte le retira Vuestra Alteza su gracia a mi hijo, y no continúa siendo intendente de Vuestra Alteza, ¿qué será de sus hijos, de los pobres niños, fruto de su matrimonio?

Roubine lanzó una carcajada.

— ¡Ah!, ¡vamos!, exclamó, ¡no podrá decirse de ti que no eres previsor! Pues bien escúchame; sé que me robas y que oprimes a mis colonos; que tu hijo haga lo mismo que tú, y haré la vista gorda. Pero si se extralimita, le arrojaré implacablemente aunque se le agarren a los calzones dos docenas de chiquillos.

— ¿Entonces consiente usted? ¿y también la princesa?, dijo el sagaz y astuto viejo.

— ¿No te lo estoy diciendo?

— ¿Permiten ustedes a mi hijo que les presente su prometida?

— ¿En dónde están?, dijo Roubine sorprendido.

— En la antecámara, esperando la venia de Vuestra Alteza.

El príncipe arrellanóse en su sillón prorrumpiendo en una carcajada.

— ¡Por Dios!, Stepline, exclamó, ¡vas a hacerme desternillar de risa! ¡Eres demasiado previsor!

Nadia no se reía; examinaba atentamente el rostro de Iván, que no demostraba más que una especie de alegría bonachona; después, sin decir una palabra, puso la joven suavemente su mano sobre el hombro de su padre, el cual a este contacto recobró inmediatamente su sangre fría.

— ¡Anda, ve a buscarlos!, dijo a su intendente; no es correcto hacerlos esperar.

Stepline salió del salón, no sin haber hecho antes tres profundísimas reverencias.

— ¿Qué piensas tú de todo esto?, exclamó Roubine mirando a su hija.

— Lo que pienso es que ese hombre es muy astuto y que harías muy bien en vigilarle como también a su hijo; tú eres demasiado bueno, papá, y no se te ocurre nunca que a pesar de tu bondad, puedes hacer ciertos enemigos como ese Stepline, que nos odia...

El príncipe, petrificado de sorpresa, quedóse mirando a su hija, cuando de pronto abrióse la puerta entrando los novios cogidos de la mano.

La joven no era ni fea ni bonita; su rostro, de una frescura deslumbradora, como el de casi todas las muchachas de su edad y condición era muy ordinario. Según todas las apariencias estaba destinada a ser una buena ama de casa, una esposa fiel, una madre de familia irreprochable y, al llegar a los treinta años, a engruesar de un modo escandaloso.

Nadia miróla con cierto desdén, que no pasó inadvertido por el novio. Este enrojeció hasta la raíz de los cabellos y avanzó con los ojos bajos hacia el príncipe; al llegar ante él los novios hicieron ademán de prosternarse, pero Roubine se lo impidió, antes de que hubiesen podido hacerlo.

— Os felicito, dijo sonriendo con un tono entre benévolo y burlón; ¡lo que es vosotros no perdéis el

tiempo! ¡Apenas habéis soltado los andadores y ya pensáis en casaros!

— Tanto mejor, papá, dijo Nadia con su dulce voz; así tienen más tiempo para ser dichosos.

Un relámpago cruzó bajo los entornados párpados de Teodoro, y sus mandíbulas se contrajeron como si tuviesen intenciones de morder, pero no dijo nada; su rostro permaneció inmóvil, expresando únicamente la trivial deferencia de un subordinado ante sus superiores.

— Sentaos, dijo el príncipe. Beberemos a vuestra salud.

Nadia tocó un timbre, apareciendo en seguida un criado con una bandeja en la que se veían varios vasos y garrafas conteniendo exquisitos vinos extranjeros trasvasados con mucho cuidado; el repostero, conocedor de las costumbres de la casa, había preparado de antemano aquella inequívoca muestra de hospitalidad.

Así que estuvieron llenos los vasos, el príncipe levantó en alto el suyo diciendo:

— ¡Por vuestra prosperidad!

Los demás hicieron lo mismo, y respondieronle:

— ¡Se lo agradecemos humildemente! ¡que Dios dé una larga vida a Vuestra Alteza!

Y vaciaron los vasos de un solo trago, como es de rigor entre los rusos de buena cepa.

Después levantáronse los novios y el viejo Stepline y se retiraron haciendo una profunda reverencia.

Así que la puerta de la habitación inmediata hubo cerrado tras ellos, Roubine miró a su hija con un aire muy cómico.

— No es muy bonita, que digamos, la futura madama Stepline, dijo él en francés. Comprendo que su futuro no esté muy entusiasmado; él parece que no mira este matrimonio más que como un negocio, ¿no te parece, Nadia?

La joven quedóse silenciosa un instante, y fijando en su padre una firme mirada, repuso:

— El viejo es muy socarrón y astuto, pero no creo que sea malo, aun cuando en un principio nos deteste. Pero en cuanto al hijo..., no te forjes ilusiones, papá; bajo ese barniz cortés y correcto se esconde un grosero palurdo, que nos odia con toda su alma.

— ¿Que nos odia? ¡Pero qué cosas se te ocurren, Nadia! ¿Por qué nos ha de odiar?

— Porque nosotros somos más ricos que él a pesar de lo que nos ha robado. Porque nosotros estamos civilizados y él sólo lo está lo suficiente para comprender nuestra superioridad. Porque él es ambicioso y sabe que sus sueños de ambición están condenados a desvanecerse...

— ¡Nadia! ¿Pero eres tú la que hablas de esta manera? ¿Tú que eres una decidida partidaria de la igualdad? ¿Tú que crees que todas las ambiciones son legítimas?

— ¡Las ambiciones que son sanas y leales, sí, papá! Pero él no aspira a ser más instruido ni mejor ni más grande; si él ambiciona el dominio, es para tiranizar a su antojo; si quiere ser poderoso, no es para crear sino para destruir; si anhela ser rico, es para gozar, no para curar las heridas de los que sufren. Por desgracia esas aspiraciones son hoy muy frecuentes. ¡Ese hombre no conoce otras!

— ¿Y cuándo has visto tú todo eso, hija mía?, preguntó el príncipe maravillado.

— Yo misma no sé explicármelo, respondió la joven turbándose un poco.

Teodoro Stepline no la inspiraba ciertamente ni simpatía ni piedad, pero ella temía que su padre se encolerizase si llegaba a darse cuenta de lo que ella supo adivinar en Peterhof, al conversar con el hijo del intendente.

Con esa repulsión instintiva que sienten las personas de carácter apacible ante el furor de los hombres violentos, Nadia quería evitar un escándalo, pues sabía que su padre era terrible cuando llegaba a enfadarse.

— Ya sabes, papá, continuó, que me gusta observar y que muchas veces lo hago casi sin darme cuenta; pero créeme, desconfía de Teodoro Stepline mucho más que de su padre.

— Ya sabes, Nadia, que hago siempre lo que me dices, respondió el príncipe con una sumisión verdaderamente encantadora; pero ¡que me ahorquen si comprendo lo que quieres decir! Conste que seré muy prudente, pero lo haré, sólo por darte gusto.

Teodoro se casó ocho días después. La boda fué muy suntuosa, a lo menos entre los de su clase, en donde el lujo no tiene nada de elegante ni refinado.

La víspera de la boda, la novia, que naturalmente había vuelto al domicilio paterno, fué conducida a la casa de baños reservada para las mujeres, con toda la pompa y el aparato de rigor.

Un enjambre de muchachas acompañóla cantan-

do y entraron con ella en la estufa, en donde fué jabonada, frotada y desollada a fuerza de frotaciones con corteza de tilo a guisa de esponja y con ramas de abedul, cubiertas aún por hojas para terminar la ceremonia.

Después de todo esto sirvióse a las jóvenes un ligero refrigerio, en el interior de la estufa, y allí, con una temperatura de treinta grados, entonaron canciones y bailaron sin descansar durante algunas horas.

Cuando por fin salió la novia de allí, estaba más roja y reluciente que una tabla de caoba recién barnizada.

También el novio había seguido el mismo tratamiento en los baños de los hombres, cuyo refrigerio consistió más en líquidos que en manjares sólidos; y durante estos preparativos unos carromatos tirados por cuantos caballos pudieron engancharse en ellos, acarrearaban a una casa, preparada con mucha antelación y que iba a ser habitada por primera vez, el equipo y los muebles de la novia.

Los muebles más sólidos que elegantes fueron colocados en las dos habitaciones de que se componía la casa; un armario triangular, llamado *kióte*, destinado a guardar las imágenes santas, colocóse en el rincón consagrado, conteniendo únicamente una pequeña imagen que debía santificar la casa, mientras llegaban las otras, acompañando a la futura esposa.

Los grandes cofres, pintados y ornados de flores rojas y amarillas, los llevaron a la habitación del fondo; allí era donde estaba la ropa blanca y los vestidos de la joven, sirviendo después de armarios durante toda la vida, pues los muebles europeos no tenían aún entrada en las casas de la burguesía rusa.

Al día siguiente los amigos y camaradas del novio formaron un gran cortejo con cuantas *telegas* (cochecillos de dos ruedas) pudieron hallar a mano, y partieron de madrugada a buscar a la novia a su aldea.

Como el camino era bastante largo, no estuvieron de vuelta hasta después del mediodía.

Desde muy lejos podían oírse las campanillas de las *troikas* engalanadas, y los alegres sonos de las campanas de la iglesia, pues era una boda muy brillante y suntuosa.

El futuro esposo dirigióse a la iglesia para esperar a la que dentro de algunos momentos iba a ser la compañera de su vida. Casi al mismo tiempo entró ella, mientras que los caballos, cubiertos de sudor, desfilaban lentamente por delante del atrio de la iglesia, y los sochantres, que habían saludado la entrada de Teodoro con una antifona, entonaron un cántico de bienvenida.

El padre de la novia la llevó al lado de su futuro, que estaba ante un reclinatorio, cubierto por un paño bordado, y en donde quedáronse en pie los dos, inmóviles y silenciosos.

El sacerdote salió entonces del tabernáculo, escoltado por el diácono, y comenzó la ceremonia.

Cada uno de los esposos recibió un cirio encendido, ornado de rosas blancas, de flores de naranjo y de lazos blancos también, el cual debía ser conservado piadosamente, después de la boda, para no ser encendido más que en ocasiones muy solemnes de la vida de familia; tales como en las de nacimientos, muertes o cuando amenazaba algún grave peligro.

Luego fué pronunciado el sí solemne e irrevocable; un trozo de tela, de color rosa, fué extendido ante ellos, y todas las jóvenes invitadas alargaron el cuello, para ver si la novia ponía el pie primero, lo cual era presagio de una autoridad incontestable en el hogar conyugal; pero Teodoro había hollado ya con su bota la punta mal desplegada de aquella especie de tapiz. Él no estaba dispuesto a tolerar en su casa más autoridad que la suya.

La joven inclinó tristemente la cabeza, haciendo esfuerzos para no echarse a llorar; diéronles a los recién casados los anillos, y se los pusieron en los dedos; después hiciéronse los cambios mutuos. Hecho esto, volvieron a entregarles los cirios que les habían quitado para facilitar la ceremonia, y los muchachos que formaban la corte de honor, recibieron de manos del sacerdote dos grandes coronas de metal dorado, guarnecidas de imágenes de santos de porcelana esmaltada, para que las sostuvieran por encima de las cabezas de los novios. Estos bebieron por tres veces cada uno, en la misma copa, el vino bendecido, que simboliza la vida, y después el sacerdote, juntándoles las manos bajo su estola, les hizo dar otras tres vueltas alrededor del reclinatorio que sostenía los libros santos.

Durante todo este tiempo, los dos muchachos que formaban la corte de honor, seguían a los recién casados sosteniendo las coronas encima de sus cabezas, como suele hacerse con las gentes favorecidas por la fortuna, pues los pobres, tienen la suficiente

robustez para soportar la carga de los pesados adornos de metal, que lastimarian las delicadas cabezas de los ricos.

La ceremonia tocaba a su fin; el sacerdote dirigió una corta exhortación a los dos seres afortunados que acababan de jurarse fidelidad y amor eterno, y ordenóles que se abrazaran, a fin de que la Iglesia consagrara aquel primer beso con su presencia.

Los novios obedecieron; la joven con pasiva indiferencia y Teodoro con una especie de fanfarronería.

Nadia y su padre viéronse obligados a asistir a la ceremonia so pena, si no lo hacían, de que creyesen en el país que el intendente había caído en desgracia. Ambos felicitaron a los nuevos esposos, que se acercaron a ellos, después de haber orado brevemente ante las imágenes del iconostasio, y Nadia quitóse de un dedo un precioso anillo con un diamante, y se lo entregó a la joven recién casada, que se ruborizó de placer.

Después la concurrencia dividióse a ambos lados del templo para abrir paso a los recién casados, que fueron a pie hasta su casa, precediéndolos el niño más pequeño de la familia, que llevaba una imagen santa destinada a que recordaran aquel día al dirigirla sus oraciones.

Teodoro Stepline habíase mostrado impasible durante la ceremonia; pasó por entre la concurrencia, con la frente muy erguida, conduciendo a su joven esposa, ridículamente empaquetada dentro de su vestido de colores chillones, con tanto orgullo, como si llevara a su lado a la mujer más hermosa de todo el mundo.

La misma arrogante actitud conservó al pasar por el atrio y al cruzar la plaza; pero en aquel momento Nadia, que atravesaba el cementerio del brazo del príncipe para llegar al castillo por el camino más corto, encontróse con las miradas del recién casado que la seguían con una feroz expresión. Instintivamente la princesa estrechóse contra su padre.

—¿Qué tienes?, preguntó éste. ¿Te ha dado algún escalofrío?

—Sí, papá, pero no es nada de importancia. Y púsose a hablar de otra cosa.

Después de este acontecimiento, que fué durante mucho tiempo el tema obligado de todas las conversaciones en la aldea y sus alrededores, se quedó el castillo sumido en la más profunda calma; dos veces por semana recibíanse cartas de Dmitri Korzof, hablando siempre en ellas, a pesar de la estación que no se prestaba mucho a los estudios serios, de trabajos sin tregua y de investigaciones ardientes.

Nadia le contestaba contándole su vida; expresándole su fe en el porvenir y hablando de aquellos tres años de separación que apenas acababan de comenzar, como si no se tratase más que de un día de muy breve duración.

De pronto, una mañana acaeció un hecho sin precedente; y fué que no hubo carta de Korzof.

—No es más que un retraso, dijo Roubine. No habrá llegado a tiempo al correo.

—Así será, respondió la joven cuyo rostro se contrajo dolorosamente.

Aquel día Nadia paseóse por el jardín, visitó las caballerizas, los establos y las granjas; aseguróse, sola, o acompañada de su padre, de que todo estaba en el mayor orden, y al volver a su casa, sentóse al piano; pero en vano sus dedos le arrancaban dulces y melódicos sonidos y sus ojos recorrían el papel de música que tenía delante; la joven tocaba maquinalmente, sin ver y sin oír.

A la caída de la tarde quedóse largo rato sentada ante su ventana, contemplando el pequeño lago, que brillaba al final del parterre.

La noche era algo fría por estar ya próximo el mes de octubre, pero las estufas esparcían por toda la casa un calor dulce y agradable. Sobre el estante brillaba la luna con claridad tan metálica y casi cruel, que entristeció aún más a Nadia. Apartóse de la ventana y cogió un libro.

—Mañana tendré carta, díjose procurando tranquilizarse.

Peró si sus ojos recorrían las páginas del libro, su espíritu no se compenetraba con ellas.

Por fin acostóse, esperando que el sueño le diese tranquilidad para esperar al siguiente día; pero apenas pudo dormir y su descanso fué interrumpido por fuertes pesadillas.

Al día siguiente hubo muchas cartas, pero ninguna de Korzof.

Nadia miró a su padre, y la frase de consuelo que asomaba a los labios de éste, enmudeció a la vista de las profundas huellas que alteraban el rostro de su hija.

—Mañana..., exclamó Roubine.

Y salió de la estancia no hallando otra cosa que decir.

Los días siguientes transcurrieron de la propia manera sin que la esperanza, por un momento acariciada del extravío de una carta, pudiese mantenerse ante aquel prolongado silencio; puede perderse una carta, pero dos ya es cosa muy difícil.

Una tarde, al cabo de ocho días, que era cuando debía haber llegado la segunda carta, Nadia, después de servirle a su padre el café, como tenía por costumbre, con el lindo gesto que la era peculiar, pero impregnado aquella vez de un mudo dolor, púsole a su padre la mano sobre el hombro, y le dijo:

—Papá, Dmitri está enfermo; tal vez ha muerto... ¡Vamos a buscarle!

Roubine y su hija llegaron a París al anoecer de un triste y melancólico día de octubre.

La lluvia azotaba los cristales del coche, y los escasos transeúntes que, resguardados bajo sus paraguas, marchaban por las aceras a lo largo de los grandes almacenes cerrados, tenían, a la temblorosa luz de los reverberos, el aspecto de huir de algún enemigo invisible.

Desde su partida del campo, el príncipe no había obtenido ninguna respuesta ni a sus telegramas ni a sus cartas; así es que la impaciencia de los viajeros habíase convertido en una febril ansiedad.

Roubine tuvo al menos el recurso, mientras atravesaron Alemania, de desahogar su mal humor contra los empleados del ferrocarril, contra los restaurantes en donde no encontraba nada que se pudiese comer, contra los inevitables retrasos y contra el mal tiempo; pero Nadia, acurrucada en un rincón, silenciosa, con los ojos fijos en un objeto invisible, y siempre dulce, y esforzándose por sonreír cuando su padre la miraba, era para él un triste y doloroso espectáculo.

—¡Pero, enfádate, aunque sólo sea una vez!, exclamó el príncipe encarándose con ella en el trayecto de Berlín a Colonia.

—¿Y de qué me serviría, papá?, respondió Nadia sonriendo tristemente.

Al fin llegaron y, después de recorrer unas cuantas calles, detuvieronse ante el hotel en donde se hospedaba Korzof.

Roubine saltó del coche y dió la mano a su hija para ayudarla a bajar.

—¿Mr. Korzof?, preguntó el criado que esperaba sus órdenes.

—Aquí vive, caballero; pero está enfermo.

—¿Qué es lo que tiene?

—Una especie de fiebre cerebral. Está muy bien cuidado, caballero. ¿El señor quiere verlo?

—¡Caramba!, gruñó Roubine. ¿Cree usted que he pasado cinco días y cinco noches metido en el tren, únicamente para hablar con usted?... Anuncie usted en seguida al príncipe Roubine.

—¡Oh!, exclamó el criado respetuosamente. Sería inútil que le anunciase a usted, porque Mr. Korzof no está en estado de enterarse de nada. Si Su Alteza quiere molestarse en pasar...

—Bien, dijo Roubine. Nadia, ve a esperarme al salón.

—¿Por qué, papá?, exclamó ella tranquilamente. Entraré contigo.

El príncipe no le contestó y pasó delante. Ambos entraron en una espaciosa habitación, en donde la luz del día penetraba profusamente por dos grandes ventanas; una hermana de la Caridad estaba de pie delante de la chimenea preparando una medicina; y en el fondo, en un lecho con las cortinas levantadas, yacía Korzof, con el pelo y la barba cortado al rape, los ojos brillantes y erráticos, moviendo la cabeza sobre la almohada, y murmurando apresuradamente frases ininteligibles.

El príncipe corrió hacia la cama y cogió entre las suyas la ardorosa mano que caía inerte sobre las sábanas.

—Hijo mío, dijo Roubine, pobre Dmitri, ¿no me reconoces?

El enfermo le miró, sin verlo, y volvió otra vez a hablar solo; Roubine retrocedió un poco sumamente alarmado.

Entonces Nadia acercóse y cogió suavemente la mano que su padre acababa de soltar.

A su contacto, Korzof estremecióse y se la quedó mirando. Aun no la veía, pero tras el tupido velo de los confusos pensamientos que obscurecían su cerebro, distinguió vagamente aquella imagen tan amada.

La hermana de la Caridad acercóse reconociéndola él inmediatamente, por la costumbre que tenía de verla siempre a su lado.

—Han venido a visitarle, dijo la religiosa. ¿No adivina usted quién?

—No, respondió Korzof frotándose los ojos con

la mano que tenía libre, pues con la otra oprimía inconscientemente la mano de Nadia. ¿Quién ha venido?

La hermana interrogó a la joven con la mirada. —Nadia, dijo ésta dulcemente.

—¿Nadia?, repitió Korzof con recelosa expresión. ¿Sí? Pues esta vez no quiero que se vaya.

La joven hizo una seña a la hermana, que la acercó una silla y, después de dejarse quitar el abrigo, sentóse al lado de la cama sin abandonar la mano del enfermo.

Al cabo de un cuarto de hora, éste fué soltando poco a poco la mano de Nadia y quedóse dormido profundamente.

La hermana de la Caridad le tomó la temperatura asegurando que había disminuído de un modo muy considerable.

—¿Sin duda es usted la persona por quien él preguntaba sin cesar?, dijo la religiosa discretamente a Roubine. Ni un momento ha dejado de llamarle, pero nosotros no sabíamos su dirección.

Y le señaló la mesa-escritorio en donde estaban acumulados los telegramas y cartas que habíanse recibido desde hacía quince días.

El príncipe encogióse de hombros y llamó a su hija para que tomase algún alimento.

El médico mostróse muy satisfecho al hacer su acostumbrada visita.

A pesar de lo turbado que estaba el cerebro de Korzof, dióse cuenta vagamente de la presencia de aquellos seres tan queridos.

Una de las preocupaciones más dolorosas para los enfermos, en las grandes crisis de la salud humana, es la sensación de que están abandonados y de que no hay nadie que piense en ellos. Las circunstancias particulares en que se hallaba el joven hicieron que sintiera este abandono más que cualquier otro. Pero cuando comprendió que Nadia estaba a su lado, inclinandose hacia él, hablándole y animándole, sintióse dichoso y más aliviado sin tratar de descubrir por qué misterio sus amigos, que estaban tan lejos de él, hallábanse ahora a su lado.

Poco a poco, no sin algunas súbitas e inquietantes recaídas, fué despejándose su cerebro; pero el vigoroso organismo de Korzof triunfó al fin, y una hermosa mañana, sentado en su lecho, en medio de una montaña de almohadas, supo toda la historia de aquel viaje, que a los tres les parecía una cosa fantástica e inverosímil.

El corazón de Dmitri rebotaba de alegría y satisfacción. Si alguna vez, al acordarse de la negativa de Nadia, con esa necesidad de atormentarse y de sufrir, propia del hombre, se preguntaba hasta qué punto habría creído la joven cumplir con un deber al aceptarlo por esposo, ahora se sentía tranquilo respecto de este particular; la ternura honda y abnegada de su prometida, no le causaba ninguna sorpresa, pues había contado con ella, y era para su vida una promesa de felicidad y de nobles satisfacciones.

Estaba seguro de que todo lo que él quisiese e intentase, lo querrían ambos y lo realizarían de común acuerdo.

Para Nadia, Korzof había recibido ya el bautismo del trabajo y era digno de tomar parte en la gran obra de compasión y de fraternidad emprendida por ella.

Para el total restablecimiento del enfermo, los médicos le ordenaron que fuese al Mediodía, a donde partieron los tres, alegres como estudiantes en vacaciones.

En vano trataba el joven de hablar del tiempo que había perdido y del que aun tenía que perder; Roubine no quería oír una palabra respecto a semejante asunto, pues a decir verdad, nunca le había encantado la idea de ver a su yerno transformado en un médico.

Transigía con el hospital; esto era una fantasía como tantas otras, pero, ¿para qué atiborrarse el cerebro de cosas incongruentes, cuando es tan fácil dejar que las aprendan otros, especialmente creados para este fin, por una providencia que había querido evidentemente producir sabios, puesto que se olvidó de darles una fortuna que les permitiese vivir sin hacer nada?

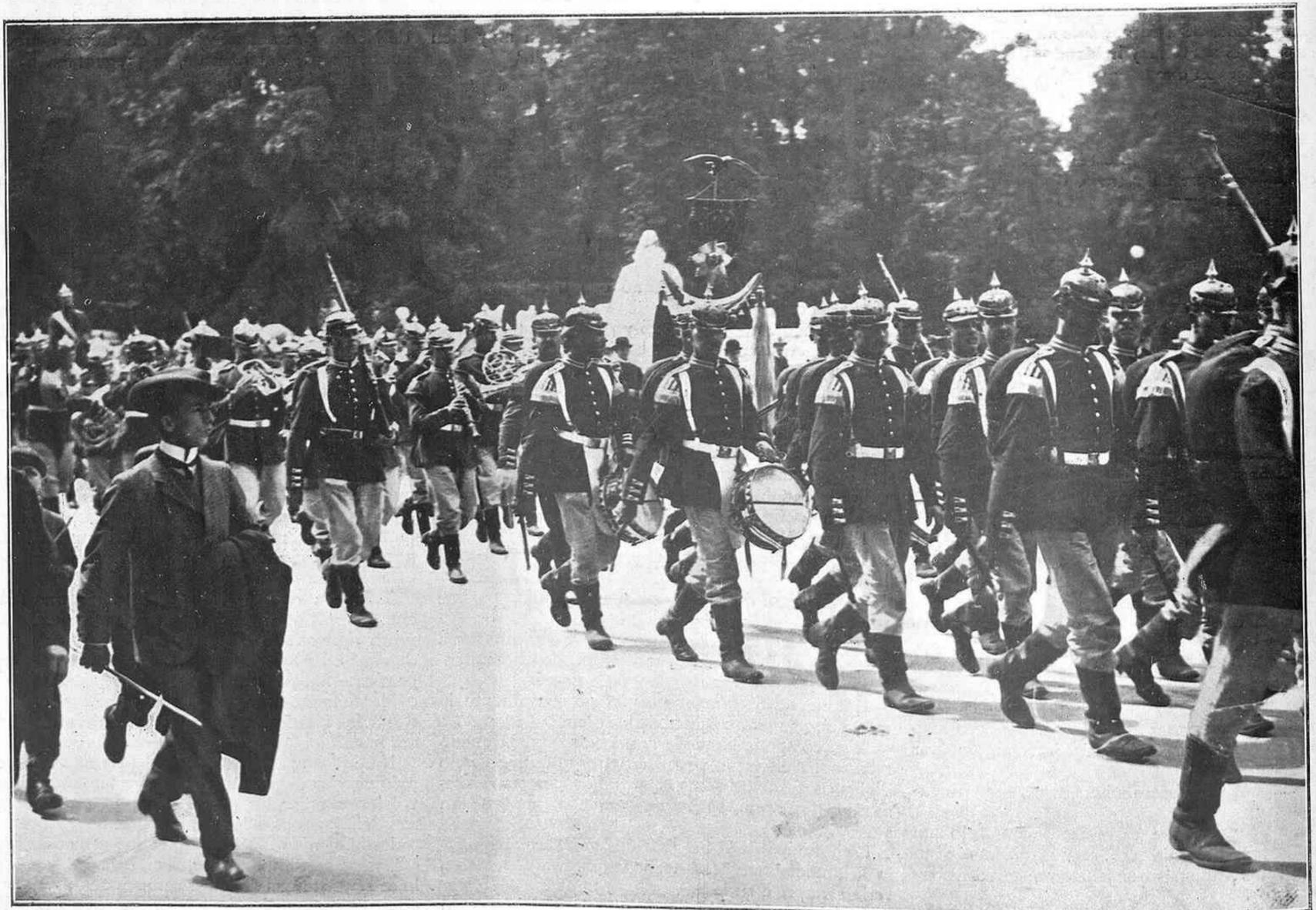
Nadia los apaciguó, exigiendo, de acuerdo con el médico, dos meses de reposo absoluto antes de que volviese a reanudar sus estudios; dos meses que fueron deliciosos para los tres amigos.

La benignidad del clima, la luz esplendorosa del sol, y esa sensibilidad de los convalecientes, que les hace sentir tantas deliciosas emociones, prestaban un encanto extraordinario a su estancia en aquel hermoso país.

(Se continuará.)



Regimiento de infantería inglesa



Regimiento de infantería alemana. (De fotografías de Chusseau-Flaviens.)

EL GENERAL LINARES

El teniente general y presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina D. Arsenio Linares Pombo, recientemente fallecido en Madrid, había nacido en Valencia el 22 de octubre de 1848. En noviembre de 1860 se le concedió la gracia de subteniente y tres años después ingresó en la Academia de Artillería, siendo nombrado en 1864 alférez y ascendiendo en 1868 a teniente.

Contribuyó a sofocar en 1865, 1867 y 1868 algunos movimientos revolucionarios en Andalucía y en Castilla la Nueva, hizo la campaña contra los carlis-



Excmo. Sr. D. Arsenio Linares Pombo, teniente general y Presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, fallecido en Madrid el día 9 del actual. (De fotografía de N. y E. Fernández, dits Napoleón.)

tas en la Mancha y en las Provincias Vascongadas; estuvo en Cuba desde 1871 a 1873, asistiendo a varios importantes combates, y después de haberse batido nuevamente contra los carlistas en el Norte volvió a Cuba en 1876; poco después pasó a Filipinas como ayudante del general Jovellar. En estas etapas de su carrera militar ganó todos sus grados, hasta el de coronel, por méritos de guerra.

Promovido a brigadier en 1889, fué a Melilla, formando parte del ejército que mandaba el general Martínez Campos.

En 1895 estuvo de nuevo en Cuba, asistiendo a importantes hechos de armas y habiendo sido ascen-

dido a general de división en 1896 y a teniente general en 1898

Era gobernador militar de Santiago de Cuba cuando los norteamericanos sitiaron aquella plaza; pero, por haber sido herido, hubo de resignar el mando, que no ejercía cuando la plaza se rindió.



Dr. D. Roque Sáenz Peña, Presidente de la República Argentina, fallecido en Buenos Aires el día 9 del actual. (De fotografía.)

Fué ministro de la Guerra por primera vez en 1900, en el Ministerio Silvela, y por último en 1909, en el Gabinete Maura. Había desempeñado otros importantes cargos como las Capitanías generales de Cataluña y Castilla la Nueva, y actualmente era presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, senador vitalicio y gentilhombre de Cámara de Su Majestad con ejercicio y poseía las grandes cruces de San Fernando, Mérito Militar, San Hermenegildo, Mérito Naval, María Cristina y otras.

DR. ROQUE SÁENZ PEÑA

Este ilustre estadista argentino nació en Buenos Aires el 19 de marzo de 1851, estudió con gran brillantez la carrera de Derecho, tomó parte importante en la revolución de 1874 y más adelante peleó al servicio del Perú contra Chile. Como abogado tuvo uno de los principales bufetes de Buenos Aires. Fué diputado en 1877 y ejerció dos veces la presidencia de la Cámara. En 1881 desempeñó la subsecretaría

de Relaciones Exteriores; en 1887 fué nombrado ministro plenipotenciario en Montevideo; en 1907, en España y posteriormente en Italia. En 1906 ostentó la representación de la República Argentina en la boda de nuestro rey D. Alfonso XIII.

En 1910 fué elegido Presidente de la República. Publicista de mérito, dió a luz obras importantísimas, como: *El Derecho público americano* y *La doctrina de Monroe y su evolución*.

Como político y diplomático reveló condiciones extraordinarias de inteligencia y cultura.

La muerte del Dr. Sáenz Peña ha sido muy sentida en España, en donde el eminente republicano se había conquistado grandes simpatías.



El cardenal Juan Bautista Lugari, recientemente fallecido en Roma. (De fotografía de Argus.)

EL CARDENAL LUGARI

Nacido en Roma en 1846, estudió Derecho en la Universidad romana, alcanzando fama de eminente juriconsulto. Ordenóse de sacerdote en 1896; al año siguiente nombrósele camarero secreto y prelado de Su Santidad, y sucesivamente fué promotor y asesor de la Congregación de Ritos, canónigo de San Juan de Letrán, auditor de S. S., asesor del Santo Oficio y miembro de la comisión de Derecho canónico y de la de Estudios Bíblicos.

En 1911 recibió el capelo cardenalicio.

El cardenal Lugari era una de las figuras más eminentes del Sacro Colegio.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**

Curadas por el Verdadero. El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, París.

Diabetes, Estreñimiento, Albuminuria, Hemorroides, Anemia

Curación completa y rápida con los nuevos productos del Dr. G. Damman, especialista. Pedid folleto gratuito n.º 29, con pruebas, a J. Segalá, Rambla de las Flores, 4, Barcelona. (Se ruega se especifique bien la enfermedad.)

AVISO A LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA **LOS DOLORS, RETARDO, SUPPRESSIONS DE LOS MENSTRUOS**

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris

1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDES B^{te} St-Denis, 46

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AU-LO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ZEISS TESSAR

1:3.5 1:4.5 1:6.3

Objetivos los más propios y los mejores. para vistas instantáneas, retratos y paisajes.

De venta en los almacenes de aparatos fotogr. Berlin Hamburgo Londres Milán Paris S. Petersburgo Tokio Viena

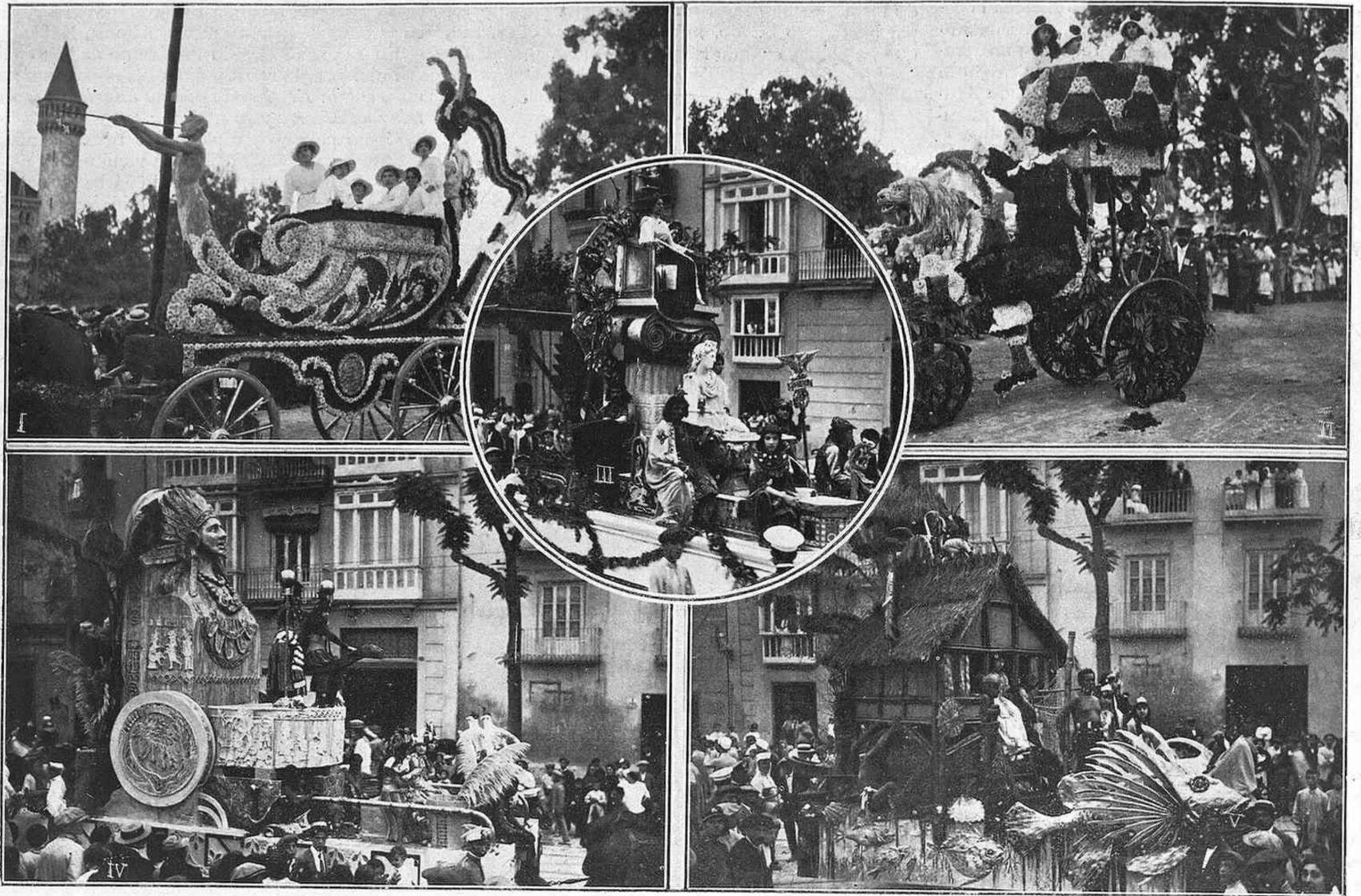
CARL ZEISS JENA (Alemania.)

Prospectos P. 281 gratis y franco.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

VALENCIA. - LOS FESTEJOS DE LA FERIA. (De fotografías de V. Barberá Masip.)



Batalla de flores. - 1. Lira de amor, coche que ganó el primer premio. - 2. Perro amaestrado, coche que ganó el premio de la Sociedad Valenciana de Agricultura Cabalgata alegórica. - 3. Carroza que representaba Europa. - 4. Carroza que representaba América. - 5. Carroza que representaba Asia

PARA ELLAS

por D.^a ADELA SÁNCHEZ CANTOS DE ESCOBAR
Colección de novelitas y cuentos dedicada a las señoras.
Un tomo lujosamente encuadernado a 5 pesetas para los subscriptores a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

LA ATMÓSFERA

GRANDES FENÓMENOS DE LA NATURALEZA
Obra escrita por CAMILO FLAMMARIÓN
Dos tomos ricamente encuadernados a 5 pesetas uno para los subscriptores a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

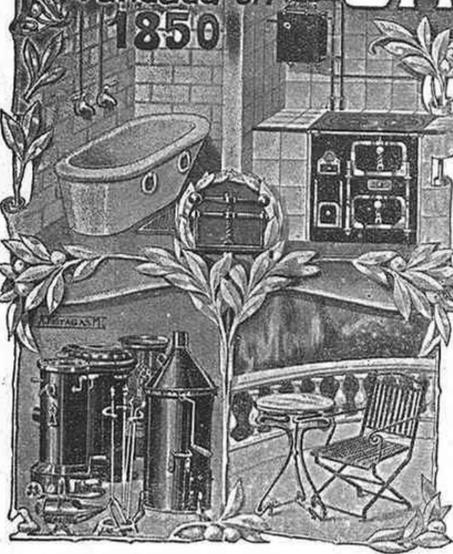
HIPOFOSFITOS SALUD



COMBATE ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

FUMISTERIA: CAÑAMERAS

Fundada en 1850



COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA
Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis



VERNET-LES-BAINS

EL PARAÍSO DE LOS PIRINEOS

Clima fresco y seco. Aguas sulfurosas sódicas (28° a 66°). Tratamiento de reumatismo, dermatosis, neurosis, afecciones respiratorias, etc.

Establecimientos termales modernos. Hoteles con gran confort moderno. Gran Casino. Juegos varios. Operetas. Concurso hípico internacional. Concurso internacional de tennis, etc.

PÍDASE EL FOLLETO ILUSTRADO (FRANCO) A E. Y O. KIECHLÉ,
ADMINISTRATEURS, VERNET-LES-BAINS; PIRINEOS ORIENTALES, FRANCE

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria